
ESCALOFRÍOS
TERROR
e
RALPH
BARBY
7
EL ASCENSOR ESTÁ LIBRE...


escalofríos
de
TERROR
RIP

RALPH BARBY

EL ASCENSOR ESTA LIBRE...

Colección
ESCALOFRÍOS TERROR Nº 7

Ediciones Olimpic S.L.
Apdo. Correos, 9428
08080 — Barcelona

ISBN 84-7750-027-4
Depósito legal: M-33.970-1987
1a edición noviembre 87

Fotomecánica LOSER S.A.
Puerto Príncipe, 24 08027 — Barcelona

Imprime FUTURA — GIESA

Distribuye: R.B.A.
Pol. Ind. Zona Franca
Sector B, Calle B, n5 11
08004 — Barcelona

simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

El gran plató fotográfico de la Theatre Publicity Agency tenía sus grandes focos apagados, sólo se hallaban encendidas las luces de ambiente.

Dos operarios con monos azules manipulaban con cables y focos mientras un hombre y una mujer preparaban el plató utilizando sprays de pintura y añadiendo volúmenes de espuma plástica simulando las rocas de un fondo marino.

No estaba allí el fotógrafo ni los cámaras para la filmación en movimiento, tampoco el director del spot ni los modelos. El plató se hallaba en fase de preparación.

Alice Turner había sido avisada por el teléfono interior. Tomó su carpeta y descendió en el ascensor hasta el primer sótano.

Frente a ella había un pasillo ancho que daba acceso a varios platós menores y a un almacén donde se guardaban muebles, figuras, bastidores, paneles y cuanto pudiera ser necesario para montar un decorado.

Alice era ayudante de dirección. Cumpliendo las órdenes estrictas de los directores de filmación, ella cuidaba que todo estuviera a punto antes de que aparecieran en el plató cuantos debían intervenir en el rodaje.

Pese a su juventud, estaba muy bien preparada para su tarea.

Alice era una muchacha atractiva que no parecía tener conciencia de serlo; sin embargo, por donde pasaba atraía las miradas de los hombres. Movía leve pero sensualmente las caderas mientras avanzaba con su carpeta.

Le habían dicho que en la agencia de publicidad tendría un gran porvenir. Por el momento, su sueldo estaba lejos de ser apetecible, pero ella no se preocupaba excesivamente de las ganancias, si no de aquel trabajo que la complacía porque estaba lleno de posibilidades, de ideas, de creaciones continuas, aunque las suyas casi siempre

quedaban mutiladas por los directores que se las agenciaban como cosecha propia.

Alice estaba convencida de que, con el tiempo, avanzaría en aquella profesión, de que escalaría puestos y sus ideas se acabarían imponiendo. Mas, como no se trataba de hacer la guerra a los profesionales que sabían más que ella y tenían mayor veteranía, aceptaba aprender de ellos hasta que llegara su momento profesional, por lo que solía ofrecer un semblante risueño y era cordial y agradable en el trato.

Abrió una de las dos hojas que tenía la amplia puerta que iba de lado a lado del pasillo y accedió al gran plató.

El techo del estudio era muy elevado y permitía la colocación de focos altos, dirigidos por un ordenador. No era fácil encontrar un plató como aquél para trabajar.

—¿Cómo va eso? —preguntó Alice a modo de saludo.

—Bien —le respondieron.

—Hay que probar las luces —le indicó la decoradora.

Uno de los operarios que vestían mono azul se acercó al cuadro de mandos electrónico que había en un ángulo del plató y tecleó en él. Comenzaron a encenderse los focos hasta que, de pronto, en lo alto hubo un chispazo impresionante y se desprendió un gran foco articulado.

¡Cuidado! —gritó la decoradora.

Alice, cogida por sorpresa, miró hacia el techo justo cuando el foco se le venía encima. Gritó y tuvo la impresión de que no podía escapar. Tenía apenas un segundo para dar un salto atrás o hacia delante, a derecha o izquierda, pero fue como si del suelo de madera surgieran unas manos férreas que la sujetaron por los tobillos impidiéndole moverse mientras gritaba.

El foco le dio en la cara y parte de la cabeza mientras se producían nuevos chispazos.

Alice recibió una sacudida eléctrica mientras el rostro se le llenaba de sangre.

—¡Rápido, una ambulancia! —pidió el decorador descolgando un teléfono. Se desconectaron los cables y se quitó el foco articulado de encima de la accidentada Alice.

—¡Dios mío! —exclamó Norma, la decoradora.

—¿Está viva? —preguntó uno de los operarios con mono azul.

—Ha sido imprevisto, no entiendo cómo ha podido desprenderse el foco —se lamentaba el otro electricista.

—Está viva pero conmocionada —opinó el decorador.

No tardaron en aparecer dos guardias de seguridad del edificio llevando unas parihuelas. Con ellos iba un sanitario que se volcó sobre Alice abriéndole las ropas, y le practicó el boca a boca porque parecía que se hubiera quedado sin respiración.

Alice Turner pronto tuvo una nube de personas a su alrededor.

Cuando ya recobraba la respiración pero sin abrir los ojos, con el rostro ensangrentado y roto, llegaron los enfermeros que habrían de trasladarla a gran velocidad a la sala de urgencias del Hospital Central.

* * *

Alice abrió los ojos y descubrió a un hombre joven, desconocido para ella, que la observaba atento y con actitud amistosa a un tiempo.

—¿Dónde estoy? —preguntó la muchacha con una voz que brotó débil de sus labios.

—Estás en un centro médico —le respondió aquel hombre que vestía una cazadora de piel negra y brillante sobre una camisa blanca con corbata de color verde.

—¿Centro médico? —repitió. Al tratar de levantar el rostro sintió grandes dolores, unos dolores insoportables que le iban desde los oídos a la nariz. Jamás había sentido dolores semejantes. Quiso llevarse las manos al rostro para sujetarse a sí misma, pero el hombre se lo impidió.

—Dentro de un rato entrarás en el quirófano. Has sufrido varias roturas de huesos en el accidente, pero no temas, saldrás de ésta.

—¿Quién es usted?

—Joel Hutton, médico psiquiatra de este centro médico.

—¿Psiquiatra?

—Sí, has sufrido un shock traumático, una fuerte descarga eléctrica y la rotura de algunos huesos por haberte caído un foco encima. ¿Lo recuerdas?

—No, no recuerdo nada.

Bien, para eso estoy yo aquí, para ayudarte a recordar.

—¿Ya no recordaré nada?

—Es normal que un accidentado olvide el momento de su accidente, se trata de una amnesia temporal y transitoria. Estabas trabajando en el plató de filmaciones en la agencia de publicidad cuando sufriste el accidente y fuiste trasladada aquí.

—¿Cuándo sucedió? —preguntó desconcertada.

—Ayer, hace veinticuatro horas.

—No recuerdo nada, no recuerdo nada —repitió muy nerviosa.

—Tranquilízate, ya recordarás. Se te han hecho las primeras curas para salvar tu vida y estás fuera de peligro. Ahora, un cirujano de cirugía plástica, el mejor, va a solucionarte el problema que todavía tienes, pero ya no es un riesgo de vida o muerte.

—¿Cuál es el problema? —quiso saber, temerosa.

—Rotura de algunos huesos, recomposición de piel, anulación de posibles cicatrices. Un buen trabajo para un inmejorable cirujano plástico.

—La cara, ¿verdad? La cara... —inquirió asustada tratando de tocar su rostro, pero las manos de él se lo impidieron de nuevo, y eran unas manos fuertes y seguras que aún sujetándola, no la dañaban.

—Sí, es la cara, y si no te estás quieta, tendremos que sujetarte las manos a los lados de la cama. No debes tocarte. Confía en el excelente profesional que es el doctor Madison.

—Un espejo, deme un espejo.

—¿Para qué? No vas a ver nada. Has de tener confianza en los demás y en ti misma.

—¡Quiero un espejo! —gritó.

Apareció una enfermera en la puerta que miró interrogante al joven psiquiatra.

—No es necesario un espejo, ahora estás ven dada. ¿Qué ibas a ver? —Tras una pausa, le dijo con lentitud—: Voy a dejarte las manos libres. Puedes tocarte el rostro con mucho cuidado y te darás cuenta de cómo estás. Si no mueves bien los dedos, tú misma te causarás dolor y la enfermera tendrá que inyectarte una buena dosis de sedante.

Le soltó las manos. Ella le miraba con sus grandes ojos color violeta. Levantó las manos despacio, con miedo, hasta tocar las

vendas que le cubrían la cara. Resiguió las vendas hasta darse cuenta de que toda su cabeza estaba vendada. Sólo le habían dejado al descubierto los ojos, unos orificios para la nariz y una abertura para la boca.

Los ojos se le humedecieron y el joven psiquiatra entendió que los labios de la joven temblaban bajo los vendajes.

—Si te ha de descargar los nervios, llora.

No temas, la cirugía hace maravillas y no has sufrido quemaduras en el rostro, las lesiones son recuperables.

—¿Quedarán cicatrices?

—Me han asegurado que no. Por una situación semejante pasan cada día muchas personas por accidente de automóvil. Lo tuyo ha sido un accidente profesional. Te ha caído un foco encima, mala suerte, pero saldrás bien de ésta. Lo que quiero es que estés tranquila. Afuera han pasado amigos tuyos, pero no se les ha dejado entrar porque vas a ser intervenida y es mejor que te dejen en paz. Dentro de poco tiempo volverás a estar con ellos. Por lo que parece, tus compañeros y jefes te aprecian mucho.

Dígale, dígale al cirujano que si he de quedar horrible no quiero vivir, no quiero vivir.

—Por favor, Alice, tú vas a vivir y seguirás siendo hermosa. He visto tu fotografía y eres una chica muy guapa. Yo te ayudaré a recobrar la memoria.

Sin embargo, Alice no estaba segura de nada. No recordaba absolutamente nada y sólo sabía que se hallaba en la cama con grandes dolores en el rostro y le decían que tenía la cara rota. ¿Qué ocurriría después?

CAPÍTULO II

Norma, la joven decoradora y Jessie, secretaria de dirección, ambas empleadas en la Theatre Publicity Agency, se encontraron en la sala de espera de la planta del hospital en que se hallaba internada Alice.

—¿Cómo crees que habrá quedado? —preguntó la joven secretaria a la decoradora.

—No sé, creo que bien.

—Dijeron que había quedado tan mal —comentó Jessie con preocupación, pues se consideraba una buena amiga de Alice.

Las dos jóvenes sabían que aquella mañana iban a ser retirados los vendajes del rostro de Alice. El psiquiatra les había pedido que estuvieran cerca de su amiga en aquel momento crítico, ya que Alice no tendría a ningún familiar cerca.

—Ha de ser emocionante un momento como éste para una mujer —opinó la decoradora—. Tener un rostro y luego, ¿qué puede pasar?

—La cirugía plástica hace milagros, pero no siempre al cien por cien —comentó Jessie que se había informado antes gracias a una revista de divulgación médica a niveles populares—. Hay pieles, hay huesos, la sangre, no sé, creo que no siempre es posible la regeneración.

—Pero Alice es muy joven.

—Sí, eso está a su favor. Seguro que en su caso habrá casi un cien por cien de posibilidades de resultar bien.

En la habitación de Alice Turner habían entrado ya el cirujano jefe Madison, el joven psiquiatra Joel Hutton, una doctora ayudante y una enfermera.

—Veamos cómo está esta preciosidad —dijo a modo de saludo el cirujano jefe.

—¿Va a ser ahora? —preguntó Alice. Sus ojos reflejaban una

gran inquietud.

La doctora ayudante le pidió:

—Siéntese en la butaca, haga el favor.

Alice obedeció como si fuera una alumna obediente. Sin embargo, crispó las manos sobre sus piernas. Las semanas pasadas en aquel hospital le habían parecido eternas.

Ahora, tenía que enfrentarse a un nuevo destino y tenía miedo.

—Vamos a ver —dijo el cirujano con un suspiro.

La ayudante le tendió unas tijeras con las que cortó unas vendas. Comenzó a desenvolver rostro y cabeza. Alice, en silencio, con los ojos cerrados, sentía como si la fueran aligerando de peso, como si su rostro se hiciera más y más liviano.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —preguntaba el cirujano con mucha profesionalidad.

Alice estaba ansiosa por contemplar de nuevo su rostro, tantas semanas vendado. Las heridas de piel habrían permitido quitarle antes los vendajes, pero las roturas de huesos habían exigido una inmovilidad absoluta para su completa reducción.

—Bueno, bueno, esto está muy bien —aprobó el cirujano cuando se hubo desprendido el último trozo de venda.

Alice, temblorosa, preguntó:

—¿Puedo, puedo mirarme al espejo?

—Un momento. Si has esperado semanas, puedes esperar unos minutos más —le dijo el cirujano.

Se volvió hacia su ayudante y una indicación bastó para que tuviera a su alcance algodón impregnado en una sustancia limpiadora y antiséptica con la que comenzó a limpiar cuidadosamente el rostro femenino para que ningún resto des prendido de las heridas ya cicatrizadas pudiera hacer pensar a la muchacha que le habían quedado señales del accidente.

—Felicidades, Alice —le dijo el joven psiquiatra.

—¿De verdad he quedado bien? —preguntó la propia Alice todavía incrédula.

Vio sonrisas en todos los rostros. Al poco, tuvo delante un espejo que reflejó su rostro de piel suave y tersa, sin una sola cicatriz.

La ayudante del cirujano observó:

—Cuando pases por la peluquería te verás mucho mejor. Ahora tienes el pelo aplastado y algo cortado en los lugares donde el

doctor ha tenido que intervenir.

—Las cicatrices quedan ocultas en lugares donde crece el cabello, no las verá nadie — le dijo el doctor Madison, sonriente. Era un hombre bastante bajo, de cabello rubio muy lacio y casi diminutos ojos azules—. Esto está muy bien. Se te hará un chequeo y mañana podrás salir del hospital.

Cuando el cirujano, la doctora ayudante y la enfermera abandonaron el cuarto, Alice seguía escrutando su rostro ante el espejo como buscando algo.

—¿Ves como no había motivo para que tuvieras tanto miedo?

—Me encuentro muy rara y no sé, no sé...

—Yo, como hombre, puedo decirte que estás muy hermosa y que de este rostro vas a sacar un gran partido.

—Sin embargo...

En aquel momento entraron Norma y Jessie.

—Hola, Alice —saludaron sonrientes.

Las dos mujeres también observaron a Alice con mucha atención y a la mirada perspicaz y profesional del psiquiatra no se le escapó que ambas mostraban algo de desconcierto.

Sin haberlas saludado siquiera, Alice, encarada con sus amigas, preguntó:

—¿No os parezco rara?

—Mujer, te hace falta un poco de peluquería pero estás muy guapa. ¿Verdad, Norma?

Tú entiendes más de eso.

—Jessie tiene razón, estás guapísima.

—Pero, pero ¿yo era así? —preguntó confundida.

Joel Hutton intervino tranquilizador:

—Todavía tienes algo de amnesia. Por otra parte, después de una recomposición de rostro, se sufren pequeñas variaciones, tan pequeñas que las olvidarás, un poco más o menos de nariz, algo de la forma del maxilar, la curvatura de los pómulos...

—Querida —intervino Norma—, no sé si te lo dijeron, pero tu cara quedó totalmente rota y ahora eres una belleza que llama la atención.

—Bueno, ya está bien de mirarte al espejo —le dijo Joel quitándoselo de las manos con suavidad.

—¿De veras me veis bien?

Las dos amigas asintieron.

—Ahora debes prepararte para regresar de nuevo a la vida profesional —le dijo Joel—. Descansa, porque luego te harán el último chequeo antes de darte el alta.

Joel Hutton sacó de la habitación a las dos amigas. Ya en el pasillo, Jessie preguntó:

—¿Qué le pasa ahora? Está muy guapa.

—Posiblemente ha habido variaciones mínimas en su rostro y ella las nota. Necesitará algún tiempo para recuperar todo su equilibrio. Los accidentes tienen sus secuelas psíquicas, algunos las alargan durante mucho tiempo y otros se reponen de inmediato, aunque en ocasiones conservan el problema enquistado dentro de sus cerebros y un día, aparece.

—¿Le sucederá eso a Alice? —preguntó Norma.

—No creo. Espero hacerle un seguimiento de comportamiento. —Con actitud confidencial les pidió—: Debéis colaborar en su recuperación psíquica, porque la cirugía ya lo ha hecho todo. Tendedle una mano. Un par de semanas creo que bastarán para que vuelva a tener seguridad en sí misma. Luego, el accidente sólo será un recuerdo.

Norma y Jessie asintieron, dispuestas a hacer lo que aquel hombre tan atractivo les pedía. A las dos les gustó Joel Hutton y cualquiera de ellas se habría sentido halagada si él le hubiera pedido una cita.

Al día siguiente, Jessie y Norma aguardaban a Alice a la salida del hospital para acompañarla a un instituto de belleza. Alice no tenía problemas económicos, el accidente había sido en el trabajo y la póliza del seguro la había cubierto por completo. Tenía ante sí unos días de vacaciones y las facturas del instituto de belleza las absorbería la compañía de seguros contratada por la Theatre Publicity Agency.

—Háganle un tratamiento completo —pidió Norma a la jefe de recepción.

—Que empiece por sauna, masaje, limpieza de poros, etcétera —dijo Jessie, y añadió—: Acaba de salir del centro médico.

La jefe de recepción enfrió la sonrisa en su rostro al preguntar:

—¿Que acaba de salir del hospital?

Jessie explicó:

—Sufrió un accidente de trabajo y acaba de salir de un tratamiento de cirugía plástica.

La sonrisa de la profesional se desheló y rápidamente cogió a Alice por el brazo.

—Luego pasamos a buscarte —le dijo Jessie.

Alice se dejó llevar y toda ella fue pasando de una profesional a otra, un tratamiento completo: Sauna, depilación, limpieza de poros, no sólo de su rostro sino de todo el cuerpo, iba a sentirse como nueva.

Los peluqueros fueron los últimos en entrar en acción. La estuvieron observando desde todos los ángulos hasta que decidieron qué forma y corte de cabello favorecía más a aquel rostro. Alice les dejó hacer, ni pidió ni objetó nada, fue como arcilla en manos del modelador.

—Magnífico —aprobó la directora del instituto—. Eres una belleza extraordinaria. Si decides cambiar de empleo, aquí puedes quedarte como modelo.

—Gracias, pero ya tengo empleo.

—Sí, ya sé, en una agencia de publicidad, un buen lugar para prosperar. Si decidimos hacer publicidad del instituto, iremos a esa agencia y pediremos que la modelo seas tú.

Alice sonrió.

—Gracias, me abruma.

—Te sugiero que cambies de ropa. Justo a la salida hay una boutique que es de una amiga mía y pueden sugerirte las prendas apropiadas para tu nuevo estilo.

—¿Ropa nueva?

—Sí, hazme caso.

—Valdrá mucho dinero.

—He comprobado que tus gastos quedan cubiertos. Le diré a mí amiga que la factura la pase a través de este instituto y verás cómo todo queda arreglado, claro que si haces algún anuncio publicitario y sale ropa de su tienda con algún identificativo, será una manera de pagar.

—Es que yo no soy…

Trató de decir que ella no era modelo de publicidad, pero no pudo terminar. Al poco, tras firmar su conformidad en la factura, fue a la boutique cuya dueña ya estaba avisada por teléfono.

Alice se probó varios vestidos y complementos. Con todos ellos, según la opinión de la propietaria y dependientas de la boutique quedaba maravillosa.

Cuando abandonó la coquetona tienda, vestía de color fucsia. El vestido le daba elegancia y sensualidad pese a no ser demasiado ajustado. Ya en la calle, comprobó que le lanzaban varias miradas de admiración. Al poco, notó que sus pasos eran más fuertes y seguros.

Había anochecido ya y se dispuso a regresar al apartamento en el que vivía, un pequeño piso de una sola habitación que ella consideraba suficiente, aunque esperaba poder alquilar uno más grande cuando su economía prosperase.

De pronto, tuvo la impresión de que alguien la observaba con mucha insistencia. Se volvió y un cegador foco de luz se le vino encima. No pudo contener un grito. El foco de luz saltaba sobre ella como para volver a destruirla.

Alice dejó de ver la luz y la oscuridad la engulló, sumiéndola en la más siniestra de las negruras.

CAPÍTULO III

Alice Turner tecleó en el "picture Computer” buscando imágenes archivadas en su memoria, imágenes que, si lo deseaba, podía colorear o modificar con los rotuladores electrónicos o los sprays igualmente electrónicos.

Aquel ordenador para dibujo y composición de imágenes del que disponía la compañía de publicidad, poseía una fantástica memoria y varias terminales con sus correspondientes pantallas y teclados con todos los aditamentos que conformaban el hardware para que los publicistas gráficos pudieran trabajar.

Cuando Alice esperaba ver la imagen de una modelo, semicubierto su cuerpo desnudo por espuma, dispuesta a promocionar un jabón epidérmico, apareció en pantalla un extraño y desconocido personaje.

El hombre, elegante y que debía tener una elevada estatura, se cubría con una capa negra con fondo rojo de satén. Usaba guantes blancos e iba bien peinado, pero le faltaba algo muy importante: El rostro.

Al parecer, se habían descuidado de pintarle la cara, si es que se trataba de un dibujo, y si era una fotografía, algo había ocurrido con la cara, pues había salido blanca como una pantalla, sin ojos, nariz ni boca.

—¿Quién será? —se preguntó Alice.

Se sintió desasosegada.

Paradójicamente, aquel rostro inexistente, aquel espacio en blanco que debían ocupar unos ojos, una nariz y una boca, se hallaba encarado con ella.

No era nada extraño que se hubiera equivocado al teclear buscando en la memoria del ordenador. Había estado varias semanas ausente y a causa del accidente había sufrido un shock amnésico del que no se había recuperado totalmente, pues seguía

sin recordar lo ocurrido en el momento del accidente, sólo sabía que si se le venía una luz encima, se aterrorizaba.

Deseando que nadie detectara lo que ella suponía un error por su parte, borró la pantalla. Pidió un autodiagnóstico al ordenador y volvió a teclear en busca de la memoria.

En pantalla apareció un rostro femenino muy hermoso, un rostro que parecía estar vivo y cuyas pupilas buscaban las de Alice.

—No es posible —musitó, parpadeando incrédula.

Tuvo la impresión de que no estaba frente a la pantalla del "picture Computer", sino frente a un espejo porque aquel rostro era el suyo, un rostro que en los últimos días había escrutado buscando cicatrices, desigualdades, haciendo comparaciones con sus fotografías anteriores al accidente.

Buscó su bolso de mano y lo abrió sin perder de vista la pantalla. Extrajo un pequeño espejo en el que buscó su propio rostro que comparó con el que aparecía en pantalla.

—Dios mío, si soy yo... ¿Me habrán gastado una broma?

El timbre electrónico del teléfono que estaba a su derecha la arrancó de la extraña situación. Era cono estar inmersa en una pesadilla y despertar, escapando de ella.

—Aquí Alice Turner.

—Alice, te estamos esperando en el plató. ¿Vas a bajar?

—Ah, Norma... Sí, sí, bajo enseguida.

No queriendo volver a ver su rostro en pantalla, anuló la imagen y cerró la terminal. Tomó su carpeta y abandonó aquel lugar para dirigirse al ascensor que se hallaba en el amplio y enmoquetado pasillo.

Casi siempre había alguien que iba o venía por aquel pasillo. La Theatre Publicity Agency poseía una buena plantilla de personal y además estaban los colaboradores, proveedores y clientes, aunque donde más gente había era en la cola de selección de personal: Hombres, mujeres, ancianos, niños, perros y hasta exóticos guacamayos. Cualquiera podía servir para un anuncio, hasta una cabra doméstica sin olvidar a un chimpancé.

La puerta del ascensor se abrió automáticamente. Pasó a la cabina y descendió a la planta sub-uno.

Abandonó el ascensor y avanzó por el amplio corredor. Allí estaban las puertas que daban a dependencias almacén donde se

guardaban muebles y útiles diversos para la decoración de escenarios. Siempre que pasaba sola por allí, sentía un inexplicable desasosiego.

Empujó la doble y ancha puerta y entró en el amplísimo plató, el principal de la agencia, el que poseía una altura de cuatro plantas normales y por debajo del suelo de madera había dos sótanos.

—¡Alice, Alice! —llamó Norma.

Se acercó al decorado montado para preparar un spot televisivo. Las cámaras estaban a punto de grabación y la modelo trataba de mantener una sonrisa que se le iba enfriando.

El jefe de telecámaras se fijó entonces en Alice y quedó como impresionado. Cogió por el hombro al director de grabación y en tono confidencial le cuchicheó algo que obligó a éste a mirar hacia Alice, la cual abría su carpeta en aquel momento y revisaba las hojas que llevaba dentro.

—¡Alice!

—¿Sí, Gregory? —respondió, acercándose al director de grabación.

—Oye, has cambiado mucho...

—Dicen que algo. ¿Por qué?

—Siempre fuiste hermosa, pero ahora, ahora eres como muy especial...

—¿Tan horrible estoy? —preguntó, sin saber si debía enfadarse o echarse a reír.

Fue el jefe de telecámaras quien opinó:

—Eres maravillosa y estoy seguro de que tu rostro tiene "ángel".

—¿Angel? —repitió como si jamás hubiera oído aquella palabra, cuando estaba harta de oírla dentro del ambiente profesional.

—Alice, fíjate bien en todo lo que hace la modelo.

—¿Le ocurre algo?

—Me gustaría que lo mismo que hace ella lo hicieras tú luego, será una prueba.

—No digas tonterías, yo no soy modelo, sólo ayudante de dirección.

Se pueden ser las dos cosas a la vez.

No le dieron tiempo a objetar nada. Se hizo la grabación.

Era un spot en el que la modelo tomaba entre sus manos unas telas que parecían encantarla y que después aparecían colgadas en

las ventanas y tapizando sofás y butacas, publicidad de una importante marca de cortinas y tejidos de tapicería.

Alice se fijó en la actuación de la modelo, una gran profesional que trataba de disimular su cansancio.

—Listos —dijo el director. Luego, levantan do el brazo derecho, pidió—: Todo el mundo quieto, se va a repetir la grabación.

—¿Otra vez? —se quejó la modelo profesional—. ¿Acaso no ha salido bien?

—Sí, sí, creo que sí, ahora se trata de una prueba... Alice, deja la carpeta y sube.

—Vamos, Gregory, no bromees.

—Hazme caso.

Norma se acercó a Alice y le dijo:

—Sin nervios, sólo es una prueba.

—Bueno, si se empeñan.

—¿Te acuerdas de lo que has de hacer? —inquirió el director de grabación.

—No sé, no estoy muy segura.

—Si ella no es una modelo —protestó la profesional saliéndose del campo de grabación. Se notaba que estaba muy molesta.

—¡Listos, grabación!

Alice repitió lo que viera hacer a la modelo y lo hizo a su manera. Todos se dieron cuenta de inmediato que Alice Turner se comía materialmente la cámara, subyugaba sin proponérselo haciendo alarde de una gran naturalidad.

La modelo profesional se sintió hundida; era demasiado fácil ver que Alice Turner haría olvidar la grabación anterior.

Loom era el jefe de selección de modelos y actores. Cuando ya gran parte del edificio se había vaciado para ir a cenar y dormir en sus respectivos apartamentos, recibió en su despacho a Alice Turner.

—Siéntate, Alice. ¿Quieres un trago?

—No, no quiero whisky. Lo que me apetece es una cena ligera y dormir después, estoy agotada.

—¿Una cena? Eso está hecho.

—¿Hecho el qué?

—La cena, mujer, te invito —dijo, sirviéndose un vaso de whisky.

—No, gracias, suelo comer en un snack que está cerca de mi apartamento.

—Puedes cenar frugalmente pero algo selecto, yo invito.

—No insistas.

—¿Por qué?

Antes de que ella respondiera, Loom dio la vuelta a la mesa y se sentó en el borde para estar más cerca de la mujer y verle mejor las piernas.

—Tengo algo de jaqueca —se disculpó Alice.

—Cuando las mujeres no queréis la compañía de alguien siempre echáis mano de una jaqueca. Mira, te conviene ser amable.

¿Ah, sí?

—Pues sí. Además del trabajo que haces, por lo visto tienes "pasta" de modelo publicitaria. La verdad es que después del accidente estás espectacular. No es que antes fueras cualquier cosa, eso no, pero ahora tienes algo especial que atrae.

—Eso me han dicho.

—Tengo que hacerte un contrato como modelo publicitaria.

—Prefiero seguir siendo ayudante de dirección de spots publicitarios.

—Compagina los dos trabajos. Como modelo puedes ganar mucho dinero. Ni siquiera tienes un agente que te represente y si firmas, todo será para ti. Es posible que tu vida cambie a partir de ahora.

—Mi vida cambió en el momento del accidente. Me siento algo distinta, tengo que admitirlo, pero no voy a dejar que me maneje nadie.

—Hum... Yo podría hacerte ganar mucho dinero y recomendarte a una amiga para que fuera tu representante.

—Pero, ¿va de serio eso de convertirme en una modelo importante?

—Puede ser muy serio si me haces caso. Yo sé cómo mover los hilos de las modelos. Por mi despacho han pasado aspirantes a miles y no sir ven ni el uno por mil. Es muy difícil triunfar. Cuando se busca a una mujer que represente al ama de casa de tipo medio, es fácil, pero cuando se quiere tener en el spot una mujer que subyugue, que llame la atención, que se hable de ella, es de veras difícil. Una modelo de publicidad es como una estrella de cine,

puede triunfar o ser sólo un chispazo que después del destello se apaga y desaparece. Si me dejas ser tu Pigmalion, puedes ganar mucho dinero. Tendrás un apartamento lujoso, un coche deportivo y no te faltará dinero para vestidos ni para viajes.

—Haces promesas como si fueras el diablo. ¿Y qué tendré que dar a cambio, mi alma?

El sonrió malicioso antes de responder:

—No tanto, no tanto. Anda, vamos a cenar. Ahora ya no hay nadie de la agencia por las cercanías, no habrá entrometidos.

Alice se dejó llevar, no tenía compromiso con nadie.

Había oído hablar de lo mujeriego que era Loom pero no le importó, estaba segura de poder dominarlo.

Recogió su gabardina roja y anduvo hacia el ascensor junto con Loom que parecía muy complacido. Tenía una gran experiencia con la gente, con el trato personal, no en vano era él quien recibía a todos los aspirantes a modelo publicitario.

El pasillo se le antojó muy silencioso y más frío de lo normal. A un par de pasos del ascensor, Alice se detuvo.

—¿Sucede algo, algún olvido? —preguntó Loom deteniéndose junto a ella.

—No sé… ¿Vamos por la escalera?

—¿La escalera? Estamos en la cuarta planta.

Alice miraba la cabina vacía del ascensor.

—Es que presiento algo…

—Me he informado —dijo él suficiente—. Sé que sufriste amnesia y aparte del golpe que partió tus huesos, sufriste una agresión eléctrica, casi como una electrocución. Es normal que sientas cosas raras de vez en cuando, estás viva de milagro. Además del golpe, saliste del accidente con una especie de electroshock.

Sí, ya sé que estoy viva de milagro —admitió ella sin avanzar, como si algo le advirtiera que se hallaba ante una barrera infranqueable.

Loom avanzó entrando en la cabina del ascensor. Dio media vuelta para sonreír a Alice invitándola a que le siguiera y, bruscamente, desapareció en caída vertical mientras lanzaba un grito de terror.

Ante los desorbitados ojos de Alice, la cabina, como si hubiera sido una proyección, desapareció y ante ella quedó el hueco oscuro

del foso del ascensor.

Oyó el golpe sordo del cuerpo de Loom cayendo al fondo. Se hallaban en la cuarta planta hasta el nivel del vestíbulo y luego había cuatro sótanos; por le tanto, la caída era desde ocho pisos de altura.

Las puertas automáticas de doble hoja se cerraron.

Alice aún no comprendía lo que había sucedido. Al volverse, al fondo del pasillo, centrado en él, descubrió a un personaje que la aterrorizó: Era alto, vestía smoking con una capa negra forrada en rojo, llevaba guantes y un lazo negro al cuello. No tenía rostro.

Su cara sólo era una mancha blanca encarada con la joven.

Inmediatamente recordó haberlo visto en la pantalla del "pictures Computer".

El personaje sin rostro comenzó a avanzar hacia ella.

Alice miró la puerta del ascensor, estaba cerrada. Corrió hacia la escalera y comenzó a descender a saltos con la impresión de ser perseguida por el siniestro ser de la capa negra y el rostro inexistente, sólo una mancha blanca, como si alguien se hubiera olvidado de pintarlo tras haber creado el resto de la figura.

Cuando llegó a la planta principal, a la entrada de la agencia de publicidad, todo le daba vueltas. Gritaba y se encontró en los brazos de un hombre uniformado, era el guardia de seguridad.

—Tranquila. ¿Qué pasa?

Alice no pudo más. Perdió el sentido mientras otro guardia de seguridad llamaba por teléfono a la policía.

CAPÍTULO IV

Alice conocía al doctor Morton que atendía las urgencias en la agencia de publicidad, urgencias que raramente se presentaban.

—¿Cómo se encuentra, Alice? —le preguntó esbozando una sonrisa amistosa dentro de aquel rostro redondo, peinado con raya de forma anacrónica, como si lo hubieran arrancado de una amarillenta fotografía olvida en el tiempo dentro del cajón de una vieja cómoda.

—Ha muerto, ¿verdad?

—Un momento, Alice. Voy a encender un fósforo, lo moveré y seguirás con la vista la llamita sin mover la cabeza.

Parpadeó.

—¿Qué es lo que quiere hacer?

—Sencillamente comprobar que estás bien.

El médico encendió la cerilla de palo largo, su llama no parecía querer apagarse. La sostuvo con pulso firme delante del rostro de Alice y la movió de derecha a izquierda y luego a la inversa. Las pupilas de Alice seguían la llama que se reflejaba en sus pupilas color violeta. Era como si se hubieran incrustado en sus ojos dos diminutas hogueras. —Muy bien —aceptó el médico apagando el fósforo—. Ahora, cierra los ojos.

Obedeció.

—¿Estoy mal? —preguntó.

—No, no, claro que no. ¿Cómo te llamas?

—Alice, Alice Turner.

—¿Dónde estás?

—En la agencia de publicidad.

—Perfecto. ¿Quién estaba contigo antes de que perdieras el sentido?

—Loom, se ha caído por el ascensor.

—Basta, todo está bien.

Se apartó de la muchacha y a alguien que esperaba detrás de él, sumido en la penumbra, le dijo;

—Puede interrogarla. En principio, está bien.

Sentada en la butaca, Alice vio avanzar a un hombre cuarentón y fornido de cabello pelirrojo cortado al cepillo y muchas pecas en su rostro de piel muy blanca. Sus ojos eran pequeños y su boca, un tajo fino.

—Soy el inspector Waggish —se presentó con voz grave—. Parece que se encuentra bien. ¿Podría explicarme lo ocurrido?

—Estaba hablando con Loom, el jefe de selección de modelos. Salíamos del despacho y al ir a tomar el ascensor… Ha sido horrible, horrible.

Tuvo una leve convulsión de sollozo, pero las lágrimas no llegaron a asomar a sus ojos.

—¿Las puertas del ascensor estaban abiertas?

—Sí.

La respuesta había sido clara y rotunda, no dejaba lugar a dudas.

—Y si estaban abiertas las puertas automáticas, ¿cómo pudo Loom dar un paso hacia el foso y precipitarse por él?

—Había luz, la cabina parecía estar allí. Yo no quise avanzar, pero él sí y desapareció por el hueco ante mis ojos. Después, las puertas se cerraron. Ha sido horrible.

—¿Le importa que le saquen una muestra de sangre para comprobar que no había bebido?

—No, no me importa, no había bebido.

—¿Y Loom?

—No sé, quizás algún trago, en su despacho tenía una botella.

—Eso ya saldrá en la autopsia. ¿Estaban hablando cuando ocurrió la desgracia?

Alice Turner comprendió de pronto que si decía la verdad, toda la verdad, no la iban a creer y de alguna manera, el inspector Waggish trataría de convertir el accidente en homicidio. ¿Y cómo iban a poder creerla si les contaba que había visto a un personaje con capa que carecía de rostro?

—Sí, sí, hablábamos.

—¿Sobre qué?

—Del contrato —dijo, dubitativa—. Estaba muy interesado en que firmara un contrato.

—¿No es ya empleada de esta agencia?

—Sí, pero el contrato del que habló Loom era para actuar como modelo además de como ayudante del director de grabación.

—¿Y por qué se han quedado hasta tan tarde, cuando ya todos se habían ido de su lugar de trabajo?

—Porque yo tenía que acabar mi tarea antes de reunirme con él. Mi posible actuación de modelo tenía que estar supeditada a mí empleo normal. Además, Loom solía quedarse hasta muy tarde.

—De modo que usted es la última persona que lo ha visto con vida antes de que se precipitara por el hueco del ascensor.

—Sí.

—¿No había nadie más cerca?

La pregunta era clave; callarse era una cosa, mentir otra.

—Vi, vi como una sombra. He tenido miedo y me he precipitado escaleras abajo.

—¿Una sombra? Eso es interesante. ¿Quién era?

—No lo sé, no le vi la cara.

—¿Vio la sombra o algo más?

—Bueno, era un hombre alto que iba con una capa. No le vi la cara. De pronto tuve miedo y me lancé escaleras abajo.

—Si le tuvo miedo, sería por algo.

—No lo sé, he tenido miedo, eso es todo.

—¿Alto, con una capa, dice?

—Sí.

—No es raro que la gente se disfrace en esta agencia para las fotografías de publicidad o las grabaciones, ¿verdad?

—No, no es raro.

—¿Seguro que no reconocería a ese sujeto? —No, seguro.

—Bien, puede que el ayudante del fiscal desee hacerle algunas preguntas. Por cierto, ¿cómo ha dicho que estaba el ascensor?

—Con las puertas abiertas.

—¿Ha dicho con las puertas abiertas y la cabina esperando?

—Eso nos ha parecido a los dos.

—¿Quiere decir que la cabina podía ser una trampa, que el suelo se ha abierto y por él ha desaparecido Loom?

—No lo sé. Yo sólo he visto que entraba en la cabina y desaparecía gritando. Después, las puertas se han cerrado.

—De acuerdo. Puede marcharse si se encuentra bien.

Cuando se levantó de la butaca, las piernas parecía que no fueran a sostenerla. A su espalda, el inspector ordenó a alguien:

—Que nadie toque el ascensor. Revisen el suelo de la cabina. Quiero interrogar a los guardias jurados por si han visto a alguien más por el edificio. Parece que hay alguien alto y con una capa jugando a hacer el fantasma.

—Este edificio es muy grande —opinó el médico—. Alguien podría esconderse dentro y pasar mucho tiempo antes de ser descubierto.

—¿Tan grande y complicado le parece? —preguntó el inspector Waggish.

—Hace tiempo, aquí existía un viejo y gran teatro que fue adquirido por una inmobiliaria. Se conservaron las paredes exteriores y vaciaron la platea para hacer varios sótanos. Respetaron el gran escenario que es ahora el plató de grabación y luego fueron construyendo las plantas, siempre conservando las paredes maestras exteriores.

—Muy interesante. Así que estamos en un edificio moderno metido dentro de una construcción antigua y hasta es posible que se hayan respetado las guaridas de las ratas.

—En estos casos, suele desratizarse —ironizó el doctor Morton— pero…

Cuando abandonaba la agencia, Alice vio la ambulancia y a los camilleros llevándose el cadáver de Loom, un cadáver polifracturado que era mejor no mirar.

Una caída de ocho plantas de altura y sobre los topes del fondo del ascensor, era suficiente para desfigurar a cualquiera, por mucha suerte que tuviese en su vida.

CAPÍTULO V

En el consejo de administración de la Theatre Publicity Agency, su presidente Simón Aliopolis tenía una revista abierta delante y su expresión no era precisamente feliz.

—Esta historia de que tenemos un fantasma en el edificio que parece un Drácula no me gusta, no nos favorece en nada.

En la página abierta podía verse el dibujo de un personaje de elevada estatura, con capa negra. Le habían añadido largos colmillos sangrantes y unos ojos que semejaban fosforescentes.

Uno de los vocales presentes, opinó:

—Precisamente en esa revista no ponemos nada de publicidad y habrán querido vengarse.

—Henos mal que las demás revistas y periódicos han silenciado el asunto. Según el juez, Loom murió por accidente, todavía no aclarado. La cabina del ascensor está bien, se debieron abrir las puertas por un fallo electrónico y él se precipitó al vacío. La póliza de seguros cubrirá económicamente el accidente y la compañía que se ocupa del mantenimiento de los ascensores habrá de dar un informe sobre lo ocurrido.

—Y ese siniestro personaje de la capa —dijo Simón Aliopolis—, ¿es una invención de esa señorita Alice?

Gregory, el director jefe de grabaciones, trató de explicar:

—Estaba nerviosa cuando fue interrogada, creyó ver una sombra. ¿Y quién no cree ver una sombra en momentos de angustia? Loom acababa de precipitarse por el hueco del ascensor delante de ella.

—Sería mejor despedirla —casi sentenció Simón Aliopolis esperando una aprobación general del consejo, pero no fue así.

Tras una breve pausa, Gregory opinó:

—Si la despedimos ahora, podría hacer declaraciones sobre fantasmas que no nos beneficiarían. Creo que es mejor que todo

siga como hasta ahora. Lo de Loom ha sido un fatal accidente, no es la primera persona que cae por el foso de un ascensor y tampoco será la última. Además, esa mujer, después del accidente que tuvo, posee un rostro excepcionalmente atractivo y sería bueno contratarla como modelo antes de que lo haga otra empresa de publicidad o algún manager avispado nos haga pagar muy caro el no haberla contratado a tiempo.

—¿Tan buena puede ser como modelo? Por las noticias que tengo, *es* una inexperta.

—Vean estas fotografías que le hemos tomado al vuelo. La chica tiene clase, puede ser nuestro mejor hallazgo en mucho tiempo.

Abrió una carpeta y fue pasando a los demás miembros del consejo de administración una serie de fotografías en las que Alice Turner estaba en distintas posturas.

A medida que iban viendo las fotografías, todos asentían con la cabeza. Aquel rostro les impactaba, les decía mucho, les hablaba, les transmitía algo. Sólo faltaba poner un rótulo en alguna parte de la fotografía y aquella cara vendería.

—Sí, evidentemente traspasa la frialdad de la foto —admitió Simón Aliopolis. Fijándose en una pantalla de televisión que aparecía en un ángulo de la foto, dijo—: ¿Han visto esto? Hasta aquí sale ese maldito fantasma...

Había una profunda irritación en la voz del presidente de la agencia de publicidad.

Observaron la imagen de la pantalla: Un hombre alto, vestido elegantemente y con una capa negra con fondo rojo, lazo negro sobre pechera blanca, un personaje sin rostro.

—Qué extraño —comentó Gregory—. Este individuo que sale en la pantalla no tiene cara, no tiene los colmillos sangrantes de vampiro que le han pintado en la revista.

—¿Qué broma es ésta? —masculló Simón Aliopolis—. Gregory, encárguese de averiguarlo. No dé noticias a nadie, no abra demasiado la boca. No quiero más problemas y recuérdenlo: Mi opinión es que esa chica, Alice Turner, es mejor que desaparezca de esta agencia. Si es inoportuno despedirla ahora, dense un plazo de tiempo. Si es tan buena, demuéstrenmelo. Quiero hechos, rendimientos, números en la tesorería de la empresa.

Gregory, el director de grabaciones, no parecía oírle. Estaba

pensativo, con los ojos fijos en la fotografía en la que, dentro de la pantalla de un televisor, podía verse al extraño personaje sin rostro.

"¿Quién será este tipo?", se preguntó.

CAPÍTULO VI

En el plató, además de mucha más gente de lo habitual, se hallaban tres altos ejecutivos de una empresa fabricante de automóviles.

El coche de color rojo, el último avance en la tecnología de la marca, estaba siendo preparado para ser lanzado al mercado internacional y conseguir el galardón de "coche del año".

Se habían preparado los focos, se había limpiado hasta la última mota de polvo de la carrocería que relucía cegadora.

Un empleado de la compañía de automóviles se apresuró a correr hacia la portezuela del conductor y pasó un paño que llevaba consigo hasta arrancar un destello. La decoración de fondo era el jardín de una magnífica casa de estilo colonial español.

Había voces, movimiento. Al fin apareció Alice acompañada de la maquilladora, la peluquera y la modista, las tres preocupadas de cada uno de los detalles de la joven.

No se trataba de entrar en una fiesta y deslumbrar a un grupo de personas selectas, sino de impactar a través de las pantallas de los televisores en millones de seres que deberían sentir la necesidad de comprar un automóvil como aquél.

Alice Turner vestía un complet de piel negra que estilizaba su figura. Se acercó al coche y miró en derredor. Luego, posó su mirada sobre el objetivo de la cámara y sonrió levemente, con sensual complicidad. Con voz suave, conductiva, acariciante, dijo:

—Si tuviera que robar un coche, robaría éste...

Sacó un manojo de llaves al estilo de los rateros de comic y probó con varias de ellas en la cerradura. Puso gesto de pesar y dijo después:

—Pero, tiene una cerradura magnífica.

En aquel momento apareció un vehículo eléctrico de los utilizados para recorrer campos de golf y ahorrarse caminatas. En él

iba un hombre pequeñito vestido como un mayordomo. Se detuvo junto a la joven y sacó una diminuta tarjeta de plástico electrónica.

—Señorita, aquí tiene la llave de su nuevo coche.

Y se alejó rápidamente, dejándola sola junto al flamante coche rojo. Alice sonrió ampliamente.

—Sí, ésta es la llave...

Introdujo la alargada tarjeta plástica y el coche se abrió. Se sentó al volante y el motor se puso en marcha, alejándose suavemente.

El jefe de grabación acaparó la atención de los ejecutivos del mundo del automóvil. Se los llevó a la sala técnica y allí les mostró una primera grabación del spot.

Los tres asintieron con la cabeza, llevándose una copia de la prueba para mostrarla en el consejo de administración de la compañía automovilística.

* * *

—Alice, Alice —interpeló Gregory entrando en el camerino.

—¿Lo he hecho muy mal?

—¡Una maravilla, han quedado alucinados! Si ese coche, además, tiene buenas ventas, habrás hecho tu fortuna, te lo digo yo. ¿Cuándo firmas el contrato?

—Todavía estoy aturdida, debo pensarlo. De momento, sólo firmaré el contrato por la grabación que he hecho.

—Normalmente, los modelos firman contrato por cada anuncio publicitario, *pero ya han* firmado antes un contrato con un manager o agencia. Aquí podemos contratarte por unos cuantos años.

—Déjamelo pensar.

—Espero que no te irás con la competencia, ¿eh?

—Palabra que no. Si oigo alguna oferta tentadora me taponaré los oídos con miga de pan.

Ya se alejaba cuando pareció recordar algo.

—Oye, ¿qué significa esto?

Le mostró la fotografía en que estaba Alice y una pantalla de televisión con el extraño individuo sin rostro.

El rostro femenino palideció y Gregory se percató de ello.

—¿Qué sucede? ¿Es el que viste cuando Loom se precipitó por el foso del ascensor?

—Sí, es él —dijo sin titubear.

Con el ceño fruncido, Gregory preguntó:

—¿Lo habías visto antes?

—Así, fuera de una pantalla, no.

—¿Quieres decir que lo habías visto dentro de una pantalla?

—Sí, en el "picture Computer".

—Qué extraño. Tengo buena memoria y, que yo sepa, a este tipo no lo hemos contratado jamás para ningún anuncio. Parece como si llevara una máscara que le oculta

el rostro. Te veré en la terminal y me lo pones en pantalla. El señor Aliopolis está muy interesado en este personaje.

—Es que yo no sé nada de él...

—El presidente está muy contrariado porque una revista insinúa que aquí tenemos un fantasma, un espectro vampiresco. Pretende que sus lectores se rían de nuestra agencia.

—¿Y por qué?

—Porque no les ponemos publicidad en su revista, es una pequeña venganza. El dueño de esa revista sólo es un enano profesional, sin ofender a los enanos. No llegará nunca lejos y ha hecho muchas tonterías. Es un tipo poco serio, capaz de montar un circo donde no hay nada.

—¿Cómo se llama ese individuo?

—Daniels. Si lo ves cerca, aléjate de él. En cuanto a ese personaje misterioso, ya hablaremos. ¿Le has dicho algo a la policía?

—Les conté más o menos cómo era, pero yo no he visto su cara.

—El no estaba cerca del ascensor, ¿verdad?

—No, no estaba cerca, pero era el único ser que había en el corredor. Estuve pensando si él aguardaba a que saliéramos del despacho para prepararnos la trampa. —Ten cuidado, Alice. El señor Aliopolis que ría...

—¿Qué?

—Ya te lo diré en otro momento, ahora tengo prisa. Nos veremos más tarde, en la terminal del ordenador.

Alice, preocupada, quedó sola en el camerino. Se limpió el rostro del exceso de maquillaje y después se fue a su mesa de trabajo.

Quedó pensativa mirando la pantalla del ordenador.

Con cierto miedo, tecleó buscando la imagen del hombre sin rostro, pero en vez del siniestro personaje, aparecieron unos dibujos que pertenecían a parte de la composición de un video publicitario.

Insistió, mas no logró que saliera en pantalla.

—¿Qué te sucede, Alice? Tienes cara de preocupación.

Se volvió, había reconocido la voz femenina.

—Hola, Jessie. Sí, estoy preocupada.

—¿Por esto?

Le mostró la revista con el dibujo del ser algo semejante al que ella había visto, pero al que habían añadido un rostro de vampiro.

—Esto es horrible, yo no dije que fuera de esta manera. Dije que había visto una sombra, un hombre cuyo rostro no vi...

—Pues, ya ves, han montado esto que parece un cómic de terror. El señor Aliopolis está muy molesto.

—¿Te ha mandado él a verme?

—No, pero sé que si alguien escribe algo más que perjudique a la agencia, le pondrá una demanda judicial.

—Eso suena a advertencia.

—La compañía no puede permitirse el lujo de tener espectros deslizándose por los pasillos. Si alguien dice que esta agencia es gafe, nos arruinamos y todos a la calle.

—¿Crees que quieren convertir la agencia en gafe?

—Podría hacerse. Si un par de campañas publicitarias fallan, sacarán a relucir lo del espectro y los clientes se irán a otra agencia convencidos de que aquí estamos gafados, así que es mejor que no juegues con este personaje.

—Es que yo no juego con él, yo le vi.

—Ya, lo has visto, pero recuerda que tuviste un accidente en la cabeza y lo pasaste muy mal.

—¿Estás sugiriendo que todo pueden ser alucinaciones de una loca?

—Vamos, no te pongas nerviosa, precisamente ahora que empiezas a ser la estrella de la compañía. He oído cosas fabulosas sobre ti, qué suerte tienes. La verdad es que sí cambiaste con la operación, has mejorado y no es que trate de decir que antes fueras vulgar, no, eras muy bonita, pero es que ahora eres algo especial. Te van a proponer muchos contratos para anuncios.

—Bueno, no me irá mal ganar algún dinero hasta que deje de ser interesante para los anunciantes.

—¿Sabes que la policía está registrando todo el edificio?

—Pero, según el juez, ¿no fue un accidente?

—Sí, pero por si acaso lo registran todo. —Miró en derredor y bajó la voz para no ser oída más que por Alice—. Creo que van a contratar a un investigador privado.

—¿Para qué?

—Para que busque a ese vampiro.

Nerviosa, replicó:

—No hay ningún vampiro.

—Bueno, lo que sea.

—¿Y si no existe?

—Si no existe, van a pensar que es mejor darte un tiempo de vacaciones para que tus neuronas reposen.

—Jessie, hay bromas que no me gustan nada.

—No te lo tomes a mal. Sólo te estoy dando información que no debiera darte, soy la secretaria de dirección.

—A mí me parece que eres una enviada del presidente del consejo de administración para sonsacarme.

—Si piensas así de mí, no vuelvas a hablarme nunca más.

Ofendida, Jessie dio media vuelta y se alejó. Alice abandonó su silla y la retuvo por el brazo pidiéndole:

—Disculpa, estoy nerviosa. Ser modelo de publicidad es lo que menos esperaba en la vida y todo se me ha venido encima. El accidente modificó mi rostro, todavía no recuerdo bien cómo sucedió, estoy algo amnésica. Después, la horrible muerte de Loom y ahora todo este lío del hombre sin rostro...

CAPÍTULO VII

Buscó en su bolso algo que tomar. ¿Jaqueca, confusión, miedo a terminar en una esquizofrenia? Pese a haber pasado algunas semanas, aún no se había adaptado a su nuevo rostro, aquel rostro que según todos tenía tanto atractivo y podía ser un auténtico "boom" en los medios publicitarios.

Exhaló un largo y profundo suspiro.

Tras recoger sus cosas, se puso la gabardina roja encima del complet de piel negra que se ajustaba a su cuerpo proporcionándole un agradable calor y sensación de protección.

Sacudiendo una gran pulsera con colgantes zodiacales que llevaba en la muñeca izquierda, se alejó hacia el pasillo en busca del ascensor, aquel ascensor que los hombres de la compañía de mantenimiento habían estado repasando hasta la saciedad, sin llegar a encontrarle fallo alguno. Toda la electrónica funcionaba a la perfección.

En principio, ni se dio cuenta de que estaba sola en el pasillo. De pronto, frunció el ceño y miró en derredor, como si tuviera la impresión de que cerca había alguien observándola fijamente.

Al volver la cabeza, no descubrió nada, pues nadie más había en el corredor.

El ascensor se detuvo. Todo era luz blanca y fría, luz de fluorescentes más o menos cubiertos por pantallas filtrantes.

La cabina era toda ella de metal dorado con ondas que la hacían parecer muy limpia, como de oro, pero fría también.

Adelantó su pie y lo puso en la plataforma con miedo, como si temiera que su vista la engañara y allí, en vez de plataforma, pudiera estar el traidor vacío del foso por el que se había precipitado Loom.

El suelo del ascensor estaba firme, no era una alucinación. Entró y las puertas automáticas se cerraron. Tocó el pulsador que

correspondía al vestíbulo y éste se iluminó. No había que pulsarlo, bastaba tocarlo con la yema del dedo para que el ascensor obedeciera.

El ascensor descendió con la fuerte velocidad que le era característica. Se detuvo y se abrieron las puertas.

Cuando Alice iba a salir, se percató de que no estaba en la planta baja, sino en la sub-tres.

Estaba segura de haber tocado el botón adecuado para detenerse en la planta baja donde estaba el gran hall que daba a la calle.

Ahogó un grito al ver aparecer al siniestro personaje en medio del corredor que tenía enfrente. Estaba encarado con ella pese a carecer de rostro. La larga capa negra forrada en satén rojo le daba un aspecto fuerte sin ser corpulento y de estatura elevada.

—¡Márchate, márchate! —gritó Alice fuera de sí, a punto de estallar sus nervios.

No había salido aún de la cabina del ascensor y su mano buscó frenéticamente, pulsando el botón cuadrado que correspondía a la planta baja. El botón se iluminó, las puertas se cerraron y Alice dejó de ver al ser sin rostro.

El ascensor se puso en marcha a gran velocidad. La joven ansió que de nuevo volvieran a abrirse las puertas para salir corriendo hacia la calle y así escapar al acoso del alucinante personaje.

El ascensor se detuvo. Al abrirse las puertas, Alice vio otro pasillo. Obviamente, aquello no era el hall donde los guardias jurados mantenían una vigilancia permanente en el edificio para que nada desagradable ocurriera.

Sus ojos miraban como si acabara de despertar de una pesadilla y no supiera en qué lugar se encontraba.

Cuando iba a salir del ascensor, al fondo del pasillo vio de nuevo al personaje de la capa negra y el rostro blanco, si es que se podía llamar rostro blanco a la carencia de éste.

Avanzaba hacia ella haciendo medio flotar los bajos de su capa y para horror de Alice, se hallaba en la planta cuatro, lo que equivalía a decir que había subido ocho plantas, tres de sótano, el hall y cuatro más.

—Dios mío, ¿qué es esto? ¡Ayúdame!

Volvió a encerrarse en el ascensor tratando de hundir aquel botón cuadrado, cuando bastaba tocarlo con la yema del dedo para

que se iluminara, poniéndose en marcha el ascensor.

Las puertas de la cabina se cerraron, impidiendo que el siniestro personaje la alcanzara.

El ascensor comenzó a descender, acelerándose. Alice miraba en torno suyo y hacia el techo buscando una solución al acoso a que se veía sometida. Estaba segura de que en el edificio había más gente; sin embargo, aquella soledad que sentía, pues nadie estaba a su alcance para poder pedirle ayuda, la desquiciaba.

Encerrada en la cabina, no podía hacer otra cosa salvo esperar a que se abrieran las puertas automáticas para tratar de escapar y pedir ayuda. Tenía que conseguir que alguien más viera al ser sin rostro.

El descenso ultrarrápido se le antojó eterno. Cada segundo que pasaba era una tortura.

Podía bloquear el ascensor deteniéndolo y después hacer funcionar la alarma para que fueran a rescatarla, pero aquella situación la aterrorizaba aún más. Sería como quedar encerrada dentro de un ataúd metálico suspendido en un foso y con el peligro de caer al fondo.

Al fin, se abrieron las portezuelas y tampoco vio el hall.

Estaba en el sótano más profundo del edificio, el sub-cuatro, el más lóbrego y húmedo. Aquel sótano era el que mostraba más descarnadamente las columnas de cimentación. No había sido utilizado como garaje, pues a parking sólo estaba dedicada la mitad del sótano dos y del sub-tres y la empresa tenía en alquiler un parking vecino al edificio.

Alice saltó fuera de aquella cabina que no obedecía las órdenes de la electrónica, sino que se detenía donde menos se podía sospechar.

Corrió hacia la escalera dispuesta a subir por ella hasta el hall. De este modo, no quedaría a merced del ascensor que semejaba embrujado.

Apenas había subido dos peldaños de hormigón junto a una pared de ladrillos con bandas de hierro, que daban a todo el lugar un aspecto lóbrego que nada tenía que ver con el resto del edificio, cuando comenzó a descender el siniestro personaje que volvía a acosarla, a cerrarle el paso para impedir que escapara.

No pudo contener un grito de miedo al verlo aparecer.

Saltó los escalones y cuando quiso entrar en el ascensor para escalpar, las puertas automáticas se habían cerrado delante de sus ojos y sus dedos no pudieron volver a abrirlas.

El ser sin rostro bajaba por la escalera, estaba ya cerca de Alice. Ante la imposibilidad de escapar de nuevo por el ascensor, la joven echó a correr entre las pilastras de cimentación.

Allí estaban los sótanos del viejo teatro y como abandonados a su suerte, útiles que habían dejado de serlo, como estanterías, moquetas enrolladas dentro de fundas de plástico, sillas, viejos archivos arrinconados por la electrónica.

El enigmático personaje la seguía y parecía inútil que Alice tratara de esconderse, él la encontraría donde quiera que estuviese.

Las luces piloto eran apenas cuatro bombillas de luz amarillenta que iluminaban aquel sótano donde nadie parecía querer estar, mientras la gente bullía en las plantas superiores.

Alice ni siquiera había sospechado que existiera aquel sótano, nunca había estado en él e ignoraba la forma en que podía salir. El personaje sin rostro le había cortado el acceso a la escalera y las puertas del ascensor se habían cerrado para ella.

Llegó hasta una pared que parecía el final del sótano más profundo y húmedo del edificio. Allí, cualquier ruido parecía multiplicarse. Su propia respiración, con el jadeo de la carrera entre los pilares y el miedo que sentía, se le hacía obsesiva, una respiración que parecía podrían oír desde la calle.

El extraño personaje que la acosaba avanzaba aprisa, pero no corría, era como si se deslizase por encima del suelo sin tocarlo.

En aquella pared en la que creía iba a quedar acorralada, descubrió una puerta de hierro desconocida para ella, lo mismo que el resto del lóbrego sótano.

Esperando lo peor, temiendo que estuviera cerrada con llave, forcejeó con el pomo y la puerta cedió. Saltó a la oscuridad cuando ya el siniestro personaje estaba muy cerca de ella y parecía que fuera a alcanzarla.

El olor a humedad aumentó e incluso un olor más desagradable a podrido. Allí, los pilares eran troncos de ciprés imputrescible que sostenían un techo de madera que no era muy alto, casi lo tocaba con la cabeza. Tenía ante sí un auténtico bosque de troncos. También allí había una lucecita piloto que debía haberse activado al

abrir la puerta.

Alice corrió entre aquellos pilares como por un laberinto, sin saber hacia dónde dirigirse ni dónde podría estar la salida.

Tuvo la impresión de que las ratas saltaban chillando entre sus piernas, y Alice chilló también de forma irracional, aturdiéndose.

Cuando ya creía que allí iba a encontrar su fin o cuando menos podía ser atacada por el siniestro personaje y quedar a su merced, sin querer pensar en lo que ello podía suponer, ya que no sabía quién estaba detrás de aquel rostro invisible, encontró una escalera de madera sin baranda. Cada uno de sus peldaños gimió al trepar por ellos hasta encontrarse con una pesada trampilla que le cerraba el paso.

El espectro sin rostro estaba muy cerca de ella, parecía que fuera a apresarla por los tobillos mientras la joven chillaba entrecortadamente. Empujó con toda su fuerza y la trampilla de madera reforzada con hierros cedió, alzándole. Alice se apresuró a subir dejando caer después la trampilla para impedir que el siniestro personaje la siguiera.

Se vio sumida en la oscuridad. Anduvo evitando tropezar con diferentes cosas que no supo lo que eran hasta que le cayó encima algo que apartó.

Viéndose entorpecida en su avance, buscó en el bolso su encendedor. La llama de gas, alargada y azul, iluminó su entorno más cercano y un chillido brotó de nuevo por su garganta al ver lo que le había impedido avanzar: Un esqueleto embutido en un frac.

Antes de darse cuenta de que era un falso esqueleto, una especie de maniquí, corrió entre aquel conjunto heterogéneo de objetos y figuras hasta que tropezó y cayó, golpeándose, temiendo que reapareciera el personaje sin rostro entre la oscuridad.

Si se hubiera detenido, Alice quizá habría comenzado a dudar si era verdad que vivía aquel acoso a que la sometía el extraño ser o todo era producto de una pesadilla.

Temiendo ser atrapada en cualquier instante, estremeciéndose cada vez que algo la tocaba como los brazos de un maniquí, gritaba de terror.

Sus manos detectaron otra escalera y, precipitadamente, subió por ella.

Cuando irrumpió en el sótano inmediato superior y tras

franquear una puerta, se llevó una sorpresa mezclada con un gran alivio, pero quizá el desconcierto gravitaba más sobre su aterrorizado estado de ánimo que el alivio que experimentó al hallarse en un lugar conocido.

—El gran plató...

Allí estaba un gran decorado montado, los focos que pendían de lo alto, móviles gracias a un ordenador de control, los equilibrados trípodes que se desplazaban sobre ruedas para sostener las cámaras de fotografiar o filmar.

De pronto, Alice vio el gran plató de forma muy diferente a como lo había visto hasta aquella noche de terror.

Siempre había accedido al gran plató por la puerta que daba al ancho corredor, una doble puerta batiente, pero ahora había llegado al plató por el lado contrario, por la pared opuesta. Podía parecer una tontería insignificante reparar en aquella diferencia, pero en aquel momento, para Alice Turner el plató de grabaciones de video había dejado de ser tal para convertirse en...

—Es un escenario...

Efectivamente, era el escenario de un gran teatro, con sus bastidores, con todos sus elementos para subir y bajar telones y decorados, con su suelo de madera, con las trampillas para desaparecer en los sótanos donde se guardaban maniquíes o vestuarios inservibles que allí parecían haber quedado olvidados, pero en el escenario del teatro había un cambio brutal, mutilante, traumático.

Lo normal en un escenario teatral era tener detrás el decorado y delante la platea con sus butacas, con más o menos público expectante, en ocasiones todas vacías, el fracaso, en otras todo lleno, sin un solo hueco, con las manos de cientos y cientos de personas aplaudiendo sin cesar, el éxito; pero Alice Turner no podía ver la platea con sus butacas.

Se hallaba en un escenario delante del cual se alzaba una sólida pared que lo cubría totalmente de lado a lado del escenario y de abajo arriba, dejando sólo la abertura de la puerta que daba al corredor.

¿Qué podía haber más frustrante para el escenario de un teatro que un muro infranqueable, un muro contra el que había escaleras móviles y una fija para acceder a pasarelas a distintos niveles desde

las que poder efectuar tomas mediante telecámaras allí instaladas?

De pronto, todos los focos se encendieron con su máxima potencia. Como si alguien a distancia los manejara, se fueron moviendo hasta iluminar cegadoramente a Alice Turner que, desesperada, gritó:

—¿Quién eres, qué quieres de mí?

No obtuvo respuesta alguna, no había nadie, o quizás sí.

De pie, iluminada por todos los focos, como si interpretara la escena cumbre de una tragedia griega, la muchacha estalló en un convulso sollozo mientras gemía:

—Yo no te he hecho nada, nada... Déjame salir, déjame...

Como si sus suplicas fueran escuchadas, la luz cegadora de los focos fue perdiendo fuerza hasta apagarse y como iluminación sólo quedaron las luces piloto.

Echó a andar, como segura de que, por aquella noche, el siniestro ser había cesado en su acoso.

Abandonó el gran plató y anduvo por el pasillo hacia el ascensor. Al mirar las puertas, no pudo evitar sentir miedo, pero las puertas se abrieron ante ella sin que hubiera pulsado botón alguno.

Entró en la cabina, las puertas se cerraron y antes de que su dedo tocara el botón correspondiente al vestíbulo, éste se iluminó y el ascensor se puso en marcha, deteniéndose poco después.

Las puertas se franquearon y ante ella quedó el gran vestíbulo y los dos guardias jurados que conversaban entre ellos. No quiso decirles nada. La calle estaba cerca, la noche tranquila. Aspiró hondo, necesitaba llenarse los pulmones de aire frío para sentirse viva.

CAPÍTULO VIII

Gregory, el director jefe de grabaciones, clavó sus ojos escrutadores, de profesional del mundo de la publicidad, sobre el investigador privado Fibber.

Decididamente, aquel tipo no le gustaba. Para parecer más alto de lo que en realidad era, llevaba unas alzas demasiado grandes en los zapatos. La calva le quedaba cubierta por una peluca de rizos rubio oscuros demasiado evidente. Vestía pantalones marrones y chaqueta sport a cuadros, y para completar la imagen que deseaba ofrecer, llevaba en la mano una pipa a medio consumir pero apagada.

—¿Qué sucede, me veo tan mal? —preguntó el investigador privado con una sonrisa de suficiencia.

—Deformación profesional —respondió evasivo el director jefe de grabaciones.

—Entonces, ¿cree que darla bien en un anuncio para la televisión?

—Sí, creo que sí, pero ahora tenemos a muchos modelos masculinos.

—Bueno, cuando necesite a alguien especial, muy especial, me llama. Ahora, ¿puede acompañarme abajo?

—¿Ya ha registrado las plantas superiores?

—Sí.

—Y no ha encontrado nada, claro.

—Absolutamente nada.

—La policía lo revisó todo y no hay nadie extraño, ningún personaje siniestro con capa.

—Eso nunca se sabe. Hay muchos edificios, palacios, palacetes y caserones, que presumen de tener su fantasma.

—Le advierto que si se le escapa una palabra sobre fantasmas, el presidente señor Aliopolis le va a poner a usted un pleito del que va

a salir más limpio que cuando su madre lo echó a este mundo.

—¿Me está amenazando?

—Vamos, Fibber, no perdamos tiempo y no olvide que la empresa que le ha contratado es ésta precisamente.

—Sí, sí, claro, he de redactar mi informe, pero aquí no parece haber nada extraño, veremos en los sótanos.

Gregory no parecía en absoluto contento por tener que acompañar a aquel individuo, pero el consejo de administración pedía un informe profesional sobre un registro privado de todo el edificio para demostrar que allí no había nadie escondido, informe que habría de tranquilizar a la compañía de seguros.

—Los del mantenimiento del ascensor aseguran que todo está en orden, que nada falla.

—Así es —admitió Gregory.

Enfilaron el pasillo. La puerta del ascensor se abrió ante ellos y los dos observaron la cabina. Se miraron recíprocamente, sonrieron y entraron en ella. Tocaron el botón de la planta baja y el ascensor descendió con rapidez.

Todo funciona perfectamente.

—Sí. Durante las horas laborales, este ascensor y los otros tres que hay por el edificio funcionan cantidad de veces y no hay fallos significativos.

Descendieron hasta el hall y allí vieron a los guardias jurados con sus armas correspondientes.

—¿Todo está bien? —les preguntó Gregory.

Los dos hombres de uniforme asintieron con la cabeza.

—Ya lo ve, todo está bien.

—Ahora podemos bajar por la escalera —propuso el investigador Fibber.

Descendieron al primer sótano. Gregory le fue mostrando lo que había, especialmente el gran plató que pasaron a ver y donde no había nadie.

—Así que esto fue un antiguo escenario de teatro ahora transformado en plató para grabar anuncios de televisión?

—Así es —admitió el director jefe Gregory —. Ya ve que no hay nadie —le dijo, deseoso de terminar pronto con aquella inspección.

El investigador privado se fue introduciendo por las distintas dependencias de almacenaje. Sarcástico, Gregory preguntó:

—¿Espera encontrar a alguien dentro de uno de esos viejos armarios?

—Nunca se sabe —le replicó Fibber con la pipa entre los dientes —. Para hallar a alguien escondido, emplearemos la palabra "emboscado", aunque aquí sea impropia, lo que hay que encontrar son huellas, rastros de su permanencia. Un hombre come, duerme, defeca, fuma, bebe, va dejando rastros.

—¿Y ve alguno por aquí?

—No, no veo ninguno, pero parece ser que he de localizar a ese tipo que se cubre la cara con alguna máscara especial —dijo, sacando la fotografía que ya había tenido en sus manos el director jefe de grabación.

—Sí, es a ese personaje a quien hemos de encontrar, salvo que sea una alucinación de esa bonita mujer.

—Si ha salido en la fotografía, no es una alucinación —rebatió el investigador privado.

—Ese personaje ha aparecido en la pantalla de una terminal y dentro del ordenador tenemos muchos dibujos y fotografías. Hacemos montajes casi alucinantes.

—¿Y este personaje anda entre los chips del computador?

—Quizás, pero ningún ser de carne y hueso puede andar entre los chips de un computador.

—Entonces, ¿admite que es un fantasma o, puntualizando más, un espectro?

Gregory no disimuló una mueca de disgusto, aquel tipo le caía fatal.

—Alto, yo no he dicho nada de eso, sólo que un dibujo o una fotografía puede aparecer de repente en la pantalla de un computador por algún error de contacto electrónico. Hasta las máquinas más sofisticadas pueden fallar.

—Cierto, pueden fallar, pero ¿acaso es de ustedes esa digamos supuesta fotografía o dibujo?

—No lo sé, no estoy al corriente de todo lo que almacenamos en el computador de la agencia.

Sí, claro. Descendamos a otra planta, yo ya me voy formando mi idea sobre este asunto.

—¿De veras? —inquirió Gregory, muy escéptico.

—Sí. Es curioso lo que puede almacenarse en un ordenador,

fotografías, dibujos, spots de televisión. Pero, como en las viejas estanterías, hay cosas que se olvidan y pierden en su interior.

—No se pierde nada —replicó hosco Gregory.

—Si se acaba olvidando que está almacenado en la memoria del computador, es como si se perdiera. En realidad, el profesional humano utiliza aquello que su mente recuerda que existe, lo que se olvida no se emplea.

—Lamento llevarle la contraria —volvió a replicar con cierta sorna el director de grabación—. Hay quienes no recuerdan conscientemente, pero sí recuerdan de forma inconsciente, especialmente los artistas que en sus obras recuerdan lo supuestamente olvidado sin siquiera darse cuenta.

—¿Me está hablando de parapsicología?

—Yo no entiendo de esos temas, pero sí sé que hay cosas y casos excepcionales.

Llegaron al sótano dos donde había más almacenes, la caldera de calefacción y la maquinaria de refrigeración.

Allí estaban las tripas del edificio ocupando una cuarta parte de aquella planta aislada del resto por gruesas paredes para evitar siniestros fortuitos por fallos o incendios en la maquinaria.

—Le voy a confesar algo —dijo Fibber con aire interesante, sin dejar de caminar y escrutando los rincones por si descubría huellas o rastros de persona.

—¿Qué es lo que va a confesarme?

—Sencillo. Siempre damos una solución muy clara y oficial a todo, pero lo hacemos porque queremos que los datos "casen" unos con otros y no haya fallos, pero en muchas ocasiones, los sucesos no quedan aclarados jamás.

—¿Investigaciones incompletas?

—Digamos que en no pocas ocasiones interviene lo sobrenatural.

—¿Qué me dice?

—Sí, no es fácil admitirlo, pero así es. Intervienen fuerzas alienas que no contraíamos y de las que no nos gusta hablar y menos en repórteres oficiales. Quedaría muy mal decir por escrito que creo en los fantasmas.

—Sí, es mejor que no diga tonterías si quiere cobrar el cheque por su trabajo.

—No se apure, cuando redacte mi informe no diré nada de eso,

pero ahora que nadie nos oye, ahora que caminamos por las entrañéis de este edificio viejo y nuevo al mismo tiempo, puedo desahogarme. Soy menos tonto de lo que usted me ha valorado nada más verme.

—Yo no le he valorado.

—Vamos, le repito que soy menos tonto de lo que parezco. Las puertas de un ascensor se abren, hay una cabina, un hombre entra, una mujer es testigo, luego se cierra la cabina. Ella, ante la aparición de un extraño individuo, se queda quieta y el hombre se precipita por el foso del ascensor cuando creía que allí estaba la cabina. Está claro.

Pues yo no lo veo nada claro —replicó Gregory molesto.

Iniciaron el descenso por la escalera hacia la planta sub-tres.

—Está claro que la mujer no mintió y también creo que el hombre vio la cabina pese a no estar.

—Si no estaba, ¿cómo pudo verla? —preguntó Gregory, siempre pragmático y racionalista.

—Porque una mente más poderosa, un espíritu más fuerte que el suyo, se la hizo ver. Abrió las puertas del ascensor y en el hueco vacío, con su poder mental o psíquico, le hizo ver una cabina. El entró y como la cabina sólo era una imagen y no una realidad, se fue abajo, matándose.

—Oiga, Fibber, creí que era usted un investigador privado y no un embaucador espiritista.

—Yo no soy eso que usted dice, pero ya le he dicho que en ocasiones he podido constatar fenómenos muy extraños y me huelo que estamos en uno de esos casos. Llegare al fondo de este asunto, seguro, lo que no le garantizo es que podamos cazar a ese espectro.

—Seamos serios y no vuelva a hablar de espectros, ya le he dicho que al señor Aliopolis no le gusta la idea.

—De acuerdo, de acuerdo, arriba no diré nada, ya se lo he prometido, pero mire de nuevo la fotografía... —Se la mostró y ante el desconcierto del director de grabación, preguntó—: ¿No nota nada?

—Pues no.

—Este personaje está ahí porque quiere indicar que la chica es algo suyo.

De pronto, Gregory estalló en una sonora carcajada que rebotó

contra las paredes y pilares del sótano.

—¿Me está diciendo que el supuesto espectro se ha enamorado de la bella modelo?

—Ríase, pero en mi opinión, ese espectro está enamorado de esa mujer.

—Está usted loco.

—Terminaré por demostrarlo. Este asunto me interesa cada vez más.

—Si le suelto al señor Aliopolis cuál es su hipótesis, le van a echar a empujones.

—No se atreverán. Ya le he dicho que soy menos tonto de lo que usted me ha juzgado al primer vistazo.

—Olvide eso.

—Está bien, y usted no olvide que si alguien me echa, esta historia del espectro enamorado de la bella modelo puede ser la noticia del año. Quizás les sirviera de publicidad o bien tuviera efectos negativos, no lo sé, pero que la noticia la vendería, de eso puede estar seguro.

—¿Me está amenazando de chantaje?

—Digamos que usted me está amenazando de no pagarme el cheque o echarme a empujones. ¿He de recibir todas las amenazas y no he de defenderme con mis propias armas? —Se rió sin quitarse la pipa curva de entre los dientes ante el desconcierto de Gregory que ya no reía. Cada vez se tomaba más en serio al investigador privado—. Vayamos a la última. Hay cuatro plantas, ¿verdad?

—Sí, pero en la más baja no hay más que pilares de cimentación y demasiada humedad para guardar nada que merezca la pena.

—De todos modos, bajemos. Yo no llevaré a cabo toda la inspección; si quiero encontrar al espectro, habré de venir más preparado, ahora sólo deseo calibrar un poco todo esto para no perderme y tener una idea bastante exacta.

—Si sigue con sus chifladuras, será mejor que no se las cuente a nadie, yo le prometo olvidar todo lo que me ha dicho.

—Bueno, bueno, así está bien. Yo tenía que decirlo. Lo más difícil para mucha gente es callarse lo que sabe, o lo que cree saber, claro está.

Llegaron al sótano cuatro y las luces piloto iluminaron las columnas de sustentación que nacían de los cimientos.

Fibber opinó:

—Este techo es muy bajo.

—Lo que aquí encontrará seguro son ratas, porque lo que es espectros, no veo ninguno.

—Yo tampoco. Mañana revisaré bien los planos.

—¿Cree que encontrará el lugar donde se esconde el hipotético espectro?

—No se lo tome a mofa, quién sabe. Un espectro no está en ninguna parte en concreto, pero puede tener tendencia a aparecerse en algún lugar más que en otros, quizás porque hay más carga de electricidad estática en el ambiente, objetos antiguos que le pertenecieron, una tumba, quién sabe. A veces hay que descubrir primero el motivo y eso se consigue casi por sorpresa. De pronto se enciende una luz y ¡zas! ya está.

—Se va a poner bueno el presidente de la compañía cuando sepa la clase de investigador privado que ha contratado.

—Vamos al ascensor, ya regresaré mañana —dijo Fibber.

El ascensor estaba allí. Se abrieron sus puertas y pudieron ver la cabina iluminada con su interior metálico de color oro en ondas. Fibber se internó en ella y, de pronto, gritó.

Cuando Gregory quiso darse cuenta, las puertas se cerraron bruscamente ante él, separándole de Fibber.

Al otro lado de las puertas metálicas, el investigador se quejó de dolor.

Gregory miró el marcador luminoso que se hallaba sobre la puerta y que indicaba en qué piso se hallaba la cabina y vio con terror que no estaba abajo como habían supuesto, sino más arriba y que descendía con rapidez mientras Fibber estaba en el foso al parecer.

La alucinación de la existencia de la cabina j del ascensor cuando no estaba en realidad, se había vuelto a producir. La caída de Fibber al interior del foso había sido pequeña, ya que se hallaba en el último de los sótanos, pero el ascensor bajaba con rapidez y Fibber, que se había dado cuenta, comenzó a golpear desesperadamente las dobles puertas metálicas para que se abrieran.

—¡Socorro, abra, abra, por Dios, abra! — chillaba.

Gregory trató de meter sus dedos entre las compuertas unidas

para separarlas, pero nada consiguió. El ascensor descendió por completo y pudo oír el ruido de lo que le pareció un cuerpo que reventaba, unos huesos que se partían, el silencio macabro de un cuerpo triturado que ya no pedía auxilio.

Como si le hubieran golpeado la cabeza con un mazo, Gregory dio un paso atrás y sin que nadie tocara la puerta, ésta se abrió. Ante él quedó la cabina del ascensor, pulcra e iluminada pero vacía. Bajo ella debía estar el cadáver machacado del investigador.

Gregory echó a correr por la escalera, no quiso entrar en aquel maldito ascensor.

CAPÍTULO IX

Dentro del apartamento, Alice Turner se sentía segura. Había puesto los cerrojos a la puerta para impedir que nadie pudiera entrar.

Quería creer que el motivo de su miedo, de su terror, estaba dentro de su propia mente. Había sufrido traumatismos graves en el rostro y golpes importantes en el cráneo con conmoción cerebral y amnesia y hasta un electroshock que debía haber convulsionado sus neuronas.

Alice quería convencerse de que todo era un problema psicológico, pero lo ocurrido con el espectro, su acoso y el control del ascensor, la obligaban a pensar que el maldito espectro existía. Además, estaba el sorpresivo cambio de rostro que había sufrido.

Conservaba ciertos rasgos, pero no era la misma, se sentía distinta.

—Dios mío, ¿qué me ocurre?

Había buscado la soledad y esa soledad la obligaba a pensar más en cuanto le estaba sucediendo y temía caer en la locura. Primero, una esquizofrenia desdoblándose su personalidad, luego la paranoia, perseguida por un ser que nadie veía, que no existía. Antes nunca había pensado en el éxito, la fama, el dinero. Ahora, todo le venía a las manos por aquel cambio de rostro. La soledad en que pretendía refugiarse también la torturaba. Había momentos en que sentía deseos de gritar pero se contenía. Si hacía tal cosa, los vecinos la denunciarían y los enfermeros de algún psiquiátrico irían a por ella para ponerle una camisa de fuerza.

—Alice, Alice —se dijo delante del espejo — tienes que dominarte, que sobreponerte. Has de ser tú misma...

Se pasaba las manos por la cara como si ésta pudiera ser moldeable como arcilla amasada y húmeda.

Tenía una botella de whisky y se preparó un trago largo aún a

sabiendas de que el médico le había recomendado que por algún tiempo evitara las bebidas alcohólicas.

Bebió con rapidez, conteniendo la respiración. Tuvo un ligero acceso de tos que pudo controlar y después se sentó frente a la televisión. Utilizando el mando a distancia, la puso en marcha.

No le gustó el primer programa que apareció en pantalla, una película muy antigua en blanco y negro. Cambió tres veces más de canal algo aturdida, sintiendo dentro de sí los efectos del trago largo de whisky.

El noticiero que acababa de aparecer en pantalla dio la noticia que iba a pasar desapercibida para muchos pero que estremeció a Alice Turner:

—Alex Fibber, un investigador privado, ha muerto en el foso de un ascensor, al bajar la cabina sobre él...

Cambió el canal y sus ojos se inundaron de color en una especie de lenguaje calidoscópico llamado "video clip". Sus oídos se llenaron de vibrante música. Aumentó el volumen, quería ensordecerse, aturdirse con la música en la que predominaba una machacante batería.

Cuando creía que iba a estallar, sonó el teléfono. Su mente parecía incapaz de distinguir el timbre del teléfono de la torturante música que transmitía la televisión, pero como el programa musical parecía haber llegado a su fin y el timbre continuaba sonando, Alice Turner cerró el televisor y con cierto miedo descolgó el teléfono.

—¿Diga?

—¿Alice?

—¿Quién, quién llama?

Temía oír una voz desconocida que terminara por identificarse como el personaje sin rostro.

—Soy Joel Hutton.

Suspiró. Una oleada de aire agradable, oxigenado, la invadió.

—Hola, doctor Hutton.

—Por favor, con Joel es más que suficiente. ¿Estás bien?

—¿Bien? —Tras una larga pausa, respondió sincera—: No lo sé.

—¿Te has enterado?

Al joven psiquiatra no le hizo falta precisar a qué se refería.

—Sí, acabo de oírlo por televisión, ha sido horrible.

—¿Puedo pasar a verte?

Joel Hutton esperaba algo de reticencia por parte de Alice Turner. Sabía que trabajaba mucho y debía sentirse agotada, pero...

—Sí, ven o tendré que emborracharme o quizás tomar pastillas sin contarlas.

—No, por favor. Espera a que llegue, no tardaré mucho. No tomes nada, un lavado de estómago es algo muy desagradable.

—No tomaré nada pero ven pronto —casi suplicó Alice antes de colgar.

Sentada en una butaca, se dispuso a esperar. Trató de no imaginar nada, de no recordar al siniestro personaje que se deslizaba por los corredores de la agencia de publicidad y que manipulaba el ascensor convirtiéndolo en una trampa mortal.

Cuando sonó el llamador de la puerta, no supo el tiempo que había esperado, pero se le antojó eterno.

—¡Joel! —exclamó, abrazándosele al cuello.

El joven psiquiatra la estrechó contra sí infundiéndole fuerza y confianza. Poco después, Joel Hutton se había adueñado del pequeño apartamento. Empleando mucho don de gentes y simpatía, tranquilizó a la joven, comprobando que no había cometido la locura de tragar pastillas de barbitúricos o ansiolíticos en busca de una sedación física y mental.

—¿Más tranquila?

—Gracias a ti, pero ya no podré volver a ese edificio.

—¿De veras estás segura de que ese personaje existe?

—No me crees, ¿verdad? —Antes de que él diera una respuesta, Alice añadió como razón de peso—: ¿Y ese investigador privado que ha muerto?

—Un accidente, el juez todavía no ha dicho nada.

—Joel, ¿crees que estoy loca?

—No. Estás afectada por el accidente que sufriste y por la muerte de Loom que ocurrió delante tuyo, pero una psicopatía es otra cosa. Espero que ahora los técnicos en ascensores se mirarán con lupa ese maldito ascensor y si es preciso lo clausurarán por altamente peligroso.

—Los ascensores no tienen decisiones propias.

—Hay ordenadores que elaboran respuestas y decisiones por sí mismos y se pueden equivocar.

—Supongo que tratas de calmarme, de convencerme de que todo

puede tratarse de un fallo técnico del ascensor. Podía haberlo admitido con una muerte, pero ya son dos y además, no sabes lo que ha ocurrido.

La miró interrogante. Se sentó en el sofá sin apartar su vista de ella, dispuesto a escuchar, seguro de que Alice le contaría lo que él todavía ignoraba, y así fue.

La muchacha comenzó a explicarle como pudo el acoso de que fuera objeto hasta llegar al gran plató, donde el espectro sin rostro por fin la había dejado en paz.

—¿Llegaste a tocar a ese personaje que te acosaba? Disculpa que te haga algunas preguntas, pero es que trato de hallar la luz en este misterio que lleva ya dos muertes trágicas.

—No nos hemos llegado a tocar, pero lo he tenido como a un metro de mí. He temido que alargara sus manos y me atrapara.

—¿Y dices que cuando corría parecía que no tocara el suelo?

—Eso me ha parecido. Supongo que siendo un psiquiatra, un hombre de ciencia, no podrás creer en seres extraños, en, en…

—Vamos, dilo, en espectros.

—Sí.

—Aun suponiendo que existieran, según las normas nada podría hacerte.

—De eso no podemos estar seguros. ¿Por qué me acosa?

—No lo sé.

—Juraría que fue él.

—¿A qué te refieres?

—Quien hizo caer el foco sobre mi cabeza. Intentó matarme, Joel, intentó matarme —dijo, excitada.

—Suponiendo que sea como tú dices, ¿por qué habría de querer matarte?

—No lo sé, pero me odia, me odia y trata de matarme. No volveré jamás por aquel edificio.

—Analicémoslo todo con tranquilidad. Dices que quiere matarte; sin embargo, cuando murió Loom, evitó que tú cruzaras la puerta del ascensor detrás de la cual sólo había el mortífero foso. Dices que las puertas se cerraron y tú no caíste en la trampa. El no quiso matarte a ti sino a Loom, ateniéndonos siempre a la hipótesis de que sea un espectro asesino.

—Todo es tan confuso. ¿Por qué ha matado ahora a ese Fibber?

—Puede tratarse de un accidente. Quizás estaba investigando en el foso del ascensor y éste se ha puesto en marcha inesperadamente.

—¿Qué harías si pudieras, encerrarme en un sanatorio? —preguntó de pronto, escrutando el rostro del joven médico.

—Lo que haría es conseguir que descansaras.

—Tengo miedo a dormir.

—¿Por las pesadillas?

—Llegará un momento que no sabré si vivo una pesadilla o una terrorífica realidad, perseguida por ese pavoroso personaje que carece de rostro.

—He traído un calmante que te irá bien y si me lo permites, me quedaré aquí velando tu sueño. Si te duermes, sabrás que estaré a tu lado. Si algo ocurre, será tan solo una pesadilla y si te veo nerviosa, yo mismo te despertaré para tranquilizarte, pero eso ha de ser si confías totalmente en mí. Es importantísimo que duermas. La falta de sueño genera alucinaciones, se pierde el sentido de la realidad y de los valores sobre los que nos basamos. No es que trate de decir que ahora te halles en ese estado, pero podría llegar a ocurrirte todo lo que te cuento. Estás muy nerviosa, en tensión excesiva. Dormir ocho o nueve horas relajará tus nervios hasta el punto de que conseguirás una recuperación de la que te sentirás satisfecha. Lo que no puedes es perder el sentido de la realidad, la confianza en ti misma, el control de tus nervios.

—¿Estás hablando como psiquiatra?

—Como psiquiatra y como amigo.

—¿Te han enviado del hospital?

—No.

—¿Alguien de la compañía de publicidad te ha sugerido que vengas a verme?

—No, he venido como amigo. Al enterarme de lo sucedido a Fibber he pensado que podrías necesitar un amigo a tu lado.

—¿Por nada más has venido?

—No puedo mentirte. Me siento atraído por ti, eres una mujer especial. Los psiquiatras también tenemos corazón o debilidades, no sé cómo llamarlo paira que no parezca una cursilada. Tampoco creo que sea el mejor momento para decirte nada, pero piensa que puedes contar con el máximo respeto por mi parte. Me gustas mucho pero tampoco puedo dejar de verte como una paciente en

recuperación que está al borde de una crisis y a la que hay que ayudar.

—¿Para que no caiga en la locura?

—Deja de compadecerte. La mente corre riesgo de enfermar como cualquier otra parte del cuerpo. Una mente tranquila, que no pierde el dominio sobre sí misma, es la que mejor puede luchar contra las pesadillas, sean oníricas o de vigilia.

—¿Sigues pensando que se trata de alucinaciones en vigilia, un espectro que sólo existe en mi mente?

—No discutamos. ¿Qué quieres, que te dé la razón rápidamente y acepte la existencia de ese espectro como si estuviera aquí junto a nosotros? Si hiciera tal cosa, ¿me creerías, me considerarías sincero o tendrías más miedo de que pudiera burlarme de ti?

Alice, como vencida, exhaló un suspiro.

—Supongo que será imposible no acabar siempre dándole la razón a un psiquiatra que tiene respuestas para todo.

—Tomarás un baño de agua tibia con sales. Después, un par de pastillas que te daré y a la cama a dormir. Si tienes algún libro interesante por aquí, que veo muchos, leeré.

—¿Y no dormiréis?

—No. Mientras tú duermas, yo estaré alerta para velar tu sueño.

—Me hubiera gustado conocerte en otras circunstancias, Joel.

—Y a mí, pero hay que aceptar la situación tal como viene y mejorarla en lo posible. Y para comenzar a mejorarla, ya sabes, debes dormir.

—¿Y mañana, cuando despierte?

—Mañana lucirá otro sol. Lo que ahora puede parecerte imposible, mañana tendrá otro color y quizás tomes decisiones que ahora no tomarías.

Ella le rodeó el cuello con las manos, apresándolo entre sus antebrazos. Se acercó a su rostro y le dio un beso rápido en la boca.

—Gracias, doctor, seguiré su terapia.

Alice había comenzado a tranquilizarse, aunque no estaba segura de si las pesadillas la atacarían. Un baño, unas pastillas y el joven y atractivo psiquiatra velando su sueño.

CAPÍTULO X

Gregory, el director de grabaciones, miró a Joel Hutton sin disimular su recelo.

—¿Qué es lo que busca?

—Hablar un poco.

—Su tarjeta dice que es psiquiatra.

—Sí, del Hospital Central.

—¿Y qué tengo que ver yo con ese hospital?

—Puede que nada —le respondió Joel Hutton iniciando una sonrisa tranquilizadora dedicada a aquel hombre que se hallaba al otro lado de la mesa, una mesa llena de papeles y fotografías y cajas con cintas de grabación—. También ejerzo la psiquiatría privada.

—¿Piensa que estoy loco?

—No, nada de eso, pero he creído que debía venir a verle.

—Oiga, será mejor que abrevie. A mí, por ahora, no me hace falta un psiquiatra.

—Lo dice con demasiada seguridad.

—¿Ha venido a reírse de mí, es a esto a lo que juegan ahora los psiquiatras?

—No se trata de jugar. Estoy haciendo un seguimiento de la salud mental de Alice Turner.

—Ah, si se trata de eso —dijo, como tranquilizándose.

—Sí, se trata de ella y de ese espectro sin rostro del que ha hablado alguna revista.

—Yo no sé nada de eso, no le he visto jamás.

—En una foto, sí.

—Si se refiere a esa foto de Alice en la que hay una pantalla de ordenador en la que aparece ese personaje del que habla, sí, sí la he visto, pero eso puede tratarse de un truco.

—Usted fue la última persona que vio con vida al investigador Fibber.

—Sí, a eso ya he respondido a la policía. Él se metió en el foso del ascensor, se le debieron de cerrar las puertas y la cabina se puso en marcha. Desgraciadamente, lo aplastó al llegar al fondo. Ese ascensor está clausurado y son técnicos forenses los que dirán la última palabra de por qué ese ascensor se pone en marcha cuando menos se desea.

—¿De veras no vio nada?

—¿Y qué tenía que ver?

—No sé, algo raro, una sombra, a ese personaje.

—Vamos, vamos, si el problema está en la mente de Alice Turner, cúrela a ella.

Joel Hutton aguardó a que Gregory le mirara a los ojos para preguntarle sin darle tiempo a prepararse, buscando las reacciones anímicas que habrían de reflejarse en su rostro.

—¿Y si ese espectro no fuera un problema de la mente de Alice Turner, si no una realidad?

Gregory se quedó muy serio, casi pálido. A Joel Hutton le pareció que al hombre que tenía delante, su propia nuez se le atragantaba, impidiéndole hasta tragar saliva. Al fin, dibujó una sonrisa forzada antes de replicar:

¿Está bromeando? ¿Cómo un psiquiatra, al que se supone deben de confiarse los que tienen problemas mentales, habla de espectros como si de verdad existieran?

—Dicen que en medicina dos y dos no son cuatro. En psiquiatría, disciplina médica, dos y dos puede ser el infinito o tan siquiera nada.

—En vez de psiquiatra, debería usted ser parapsicólogo o una de esas cosas que se estilan. Antes se llamaban espiritistas, ahora le llaman ciencias parapsicológicas. ¿No es eso?

—No, no es eso, no tiene nada que ver una cosa con la otra, pero puntualizar y entrar en disquisiciones ahora sería prolijo e innecesario, entre otras cosas porque yo no estoy facultado para hablar de parapsicología y sí de psiquiatría, y como profesional podría llegar a opinar que usted no le ha contado a la policía todo lo sucedido.

—¿Ah, no?

—Usted habrá contado que Fibber se metió en el foso para investigar, pero no ha dicho a la policía que las puertas del ascensor

estaban abiertas y que ambos vieron la cabina cuando en realidad no estaba.

Gregory soltó una falsa carcajada.

—¿Quién le ha contado eso, Alice?

—Alice no fue testigo de la muerte de Fibber, usted sí. Como no soy de la policía, no puedo pedirle nada salvo buena voluntad. Antes de introducirse en la cabina que sólo era un espejismo, Fibber pudo averiguar algo y ese algo contárselo a usted.

Gregory quedó pensativo, como valorando si se vería comprometido o no si abría la boca.

—Fibber me dijo algo sorprendente que no parecía tener sentido. Me mostró la fotografía en la que Alice aparece en primer término y el espectro dentro de la pantalla del ordenador y muy seguro de sí, afirmó que el espectro sin rostro estaba enamorado de Alice. Después de esto, halló la muerte en el foso del ascensor.

CAPÍTULO XI

Empezaba a llover y había oscurecido ya.

El suelo de las aceras se mojó rápidamente y el asfalto brilló al reverberar las luces de la ciudad, farolas, neones. Era una lluvia mansa y sin fuerza, pero no fina, era una lluvia que se notaba, podían cogerse las gotas con la palma de la mano.

—¡Alice!

La interpelación la obligó a volver el rostro.

Un lujoso "Mercedes Benz" acababa de detenerse junto a la acera y su conductor asomaba por la ventanilla reclamando su atención.

Parpadeó, no le reconoció en principio. Pensó que se trataba de un galanteador motorizado, un hombre maduro que a bordo de su lujoso coche quería impresionar a una bella muchacha que des tacaba con su gabardina roja y su paraguas de plástico transparente.

—Alice, ¿no te acuerdas de mí? Soy Ike Madison, el cirujano plástico.

—Ah, sí, disculpe.

El abrió la portezuela del automóvil.

—Pasa, no te vayas a mojar.

—Es que...

—Vamos, vamos, entra.

Plegó el paraguas y se introdujo en el confortable vehículo cerrando la portezuela. La calefacción se hizo notar agradablemente y los cristales les aislaron del mundo exterior.

—Te llevaré a tu casa.

—No era necesario, vivo cerca. He salido a comprar.

—Pues, parece que no has comprado mucho.

—No, la verdad es que no he encontrado lo que buscaba.

—¿Cómo va esa preciosidad de cara?

—Bien.

—¿Sientes dolores?

—No.

—¿Tirantez de músculos?

—Tampoco.

El cirujano parecía muy animado mientras de fondo, con el volumen muy bajo, se oía música clásica que la joven no consiguió identificar.

—He visto en televisión tu spot publicitario y la verdad es que me he sentido muy orgulloso, estás arrebatadora.

—Dicen que doy bien en pantalla.

—Das a la perfección, creo que no hay otra modelo mejor —opinó el cirujano plástico. Sus pequeños ojos azules brillaban de entusiasmo.

—Se siente satisfecho de su obra, ¿verdad?

—Bueno, reconstruir un rostro roto no es fácil y no siempre se tiene suerte. En este caso, el barro para modelar era el mejor que ha llegado a mis manos.

—Gracias, a veces pienso que ya no soy yo misma sino su obra.

Bah, tonterías, eres tú misma, hermosa y muy atractiva, ya verás qué éxito, todo el mundo te va a adorar, todas las mujeres querrán parecerse a ti y los hombres soñarán con tener una novia como tú. —De pronto, al detenerse frente a un semáforo en rojo que relucía como un ascua en mitad de la noche, preguntó—: ¿Te importaría que te diera un vistazo?

—¿Un vistazo?

—Sí, una pequeña revisión. Tuvieron que reducirse unos cuantos huesos faciales y no sería bueno que se formaran callosidades. También comprobaría todo el sistema nervioso del rostro.

—¿Quiere decir que puede ocurrirme algo?

—Nunca se sabe, y no estaría de más una pequeña revisión, es cuestión de unos minutos, quince o veinte, no más.

—Bueno, ya pasaré por su consulta.

—Oh, no es necesario que esperes, podemos verlo ahora mismo. Tengo una pequeña clínica en mi residencia para visitas privadas. Si supieras la cantidad de actores y actrices que vienen a visitarme en secreto, te asombrarías. — Sonrió—. Se quitan una arruga de aquí, una bolsa de allá, un rictus que no agrada, claro, viven de su imagen, aunque tú también vas a vivir de ella si eres modelo publicitaria.

—Es que ahora regresaba a mí apartamento.

—No será mucho rato. Tu rostro es apasionante. Además, lo que te ocurrió a ti no fue un cambio de rostro buscando más belleza, sino la reconstrucción de una cara rota y, la verdad, me gustaría revisar esa obra.

—Me dijo que pasara a verle dentro de un par de meses.

—Bueno, eso es para los pacientes del hospital, los de visita privada tienen revisiones más seguidas.

—¿Es que la compañía de seguros no pagó lo suficiente?

—Sí, no tengo queja, pero no hay que abusar en los honorarios cuando una compañía de seguros está por medio, luego vienen investigaciones y además, eso queda muy reflejado en Hacienda y, después, por comparación, creen que gano mucho dinero.

—¿Y no es así? —preguntó Alice mirando a su alrededor, valorando la confortabilidad del lujoso coche.

—No puedo quejarme. Mira, ahí está mi *casa*...

La casa era de dos plantas, con ion pequeño jardín, una casa independiente, nada usual en la ciudad.

Pulsó un botón del automóvil y una amplia verja de dos hojas se abrió para dejar paso al lujoso vehículo que subió a la acera y se introdujo en la casa rodando por encima de la grava mojada por la lluvia que no cesaba.

—Una casa antigua —opinó Alice.

—Sí, lo es —admitió el doctor Madison—. Una herencia de familia. Yo la conservo, pero está modernizada en cuanto a confort se refiere.

La casa era más que digna, muy señorial. No llegaba a palacete, pero dentro de la ciudad, al quedar aislada de sus vecinas, algunas de ellas bloques de viviendas, le daba un aire más singular.

Cuando dio la vuelta a la casa, el coche se introdujo en lo que antiguamente podía ser la cuadra para caballos y allí quedó protegido de la lluvia y de la noche. Nada más entrar, unas luces se habían encendido automáticamente. Allí había otro coche de distinta marca, pequeño pero poderoso.

—Ven, Alice, será poco tiempo, hasta me gustaría hacerte algunas fotografías si es que algún contrato que tengas no te lo impide.

—¿Fotografías?

—Para mi archivo —sonrió ampliamente—. El de los grandes éxitos. La verdad es que en ocasiones hemos de convencer a alguien reacio.

—Entiendo, y viendo los éxitos se deja intervenir.

—No temas, tus fotografías no saldrán de estos muros, es una cosa privada.

El establo convertido en garaje tenía una puerta de seguridad que conducía al interior de la magnífica y señorial residencia restaurada y modernizada.

Entraron en el gran salón.

El cirujano iba encendiendo luces. Quedaron a la vista muebles valiosos, cuadros que se adivinaban de pintores importantes, cortinajes de terciopelo, una magnífica chimenea de mármol labrado en blanco y verde y sobre la repisa de la chimenea, un gran óleo. Reflejaba a una mujer joven y muy hermosa, vestida como a principios de siglo. Tenía hermoso cabello castaño claro y sonreía enigmática. Alice se la quedó mirando fijamente, estaba impresionada y aún no sabía bien por qué.

—¿Quién era?

El cirujano Ike Madison se volvió, miró el gran óleo y respondió:

—Mi abuela Diana. Hace muchos años que murió. En vida de ella fue cuando esta casa brilló en todo su esplendor, claro que por entonces no había tantos bloques de viviendas alrededor. Este barrio era más tranquilo y residencial, con menos ruido de coches.

Echó a andar.

Al pasar frente a una cornucopia de marco muy tallado y dorado, Alice se vio reflejada en el espejo. Reconoció su rostro y volvió su mirada para observar el cuadro.

—Dios mío... ¡Si soy yo!

—Ven, ven por aquí. Tengo una pequeña pero magnífica clínica. Por supuesto, no es para grandes intervenciones, pero está muy bien equipada.

Dejaron atrás un mundo de muebles caros y antiguos, grandes óleos, cortinajes, jarrones y alfombras, para introducirse en una salita habilitada para clínica privada, toda blanca, aséptica y llena de luz.

—Toma asiento y quítate la gabardina, estarás más cómoda.

La butaca articulada era una maravilla de la técnica sanitaria. Se

sintió muy cómoda mientras el médico se desabrochaba la chaqueta sin quitársela. Encendió luces que convergieron en el rostro femenino y a Alice le pareció hallarse en el plató.

El doctor Madison acercó el cristal de una gran lupa al rostro de la joven y comenzó a escrutarla, buscando las disimuladas cicatrices.

—Hum, esto está bien, muy bien. Habrá que ver el interior.

Pulsó un botón y ante la sorpresa de Alice, el sillón articulado se fue convirtiendo en camilla sin que la muchacha tuviera que abandonarlo.

—¿Va a hacerme daño?

Oh, no, apenéis unas ligeras molestias, pero...

De espaldas a la joven preparó una jeringuilla que ella no llegó a ver hasta que él le subió la manga del jersey.

—¿Qué va a hacer?

—Evitarte molestias.

—Yo, yo no quiero inyecciones...

La protesta llegó tarde. La aguja se hundió en el pliegue de su codo, ni siquiera se había preocupado de ponerle una goma que hiciera de torniquete para que la vena se hiciera más visible. Le había bastado oprimir con la yema de su pulgar para que un trazo azulado quedara evidente y la aguja se clavó en él, vertiendo el inyectable en el torrente sanguíneo.

—Ya está, te encontrarás muy bien.

—Es que yo me encuentro bien... ¿Era necesaria esa inyección?

—Sí. Parece que no quieres volver a la compañía de publicidad, ¿verdad?

—No, no quiero volver, tengo miedo.

—¿Miedo?

El doctor Madison fue en busca de un metrónomo muy especial. Estaba pintado en negro, pero en la circunferencia del péndulo había una especie de brillante y detrás, una luz que centelleaba.

El cirujano tocó otro botón y la camilla alzó la cabecera, obligando a la joven a incorporar la cabeza, de modo que no podía evitar mirar el metrónomo que había dejado sobre una plataforma móvil para sostener instrumental.

Tac, tac, tac, tac...

—Mira ese brillante, Alice, no lo pierdas de vista.

—Quiero irme —musitó, sintiéndose algo mareada.

Al tratar de incorporarse se percató de que el cuerpo no le obedecía como ella deseaba.

—Tranquila, mira ese brillante, síguelo con la vista y dejarás de sufrir.

—No, no quiero, no quiero. ¿Por qué su abuela tiene la misma cara que yo? ¿Qué ha hecho usted conmigo, qué ha hecho?

Tac, tac, tac, tac…

El metrónomo seguía metódico, imperturbable, mientras el cirujano plástico sonreía.

Alice Turner no tenía escapatoria. La droga que había llegado a su cerebro colaboraría a conseguir la hipnosis con la que iba a quedar sometida a una voluntad ajena.

CAPÍTULO XII

Aquel hombre bajito, de lacio y escaso cabello rubio, guió a Alice Turner por el sótano de la mansión hasta encontrar una puerta disimulada que abrió con una pesada llave.

Ante ellos quedó una galería angosta, baja de techo, justo para que pudiera caminar una persona sin golpearse la cabeza. Había viejas telarañas y mucha humedad.

El doctor Madison barrió las tinieblas de aquel túnel con la luz de una potente linterna que llevaba consigo.

—Alice, sígueme —ordenó sin tratar de convencer.

Sabía que la muchacha le obedecería ciegamente, no en vano estaba bajo la hipnosis propiciada por la droga inyectada para vencer posibles resistencias psíquicas que la joven hubiera podido oponer al percatarse de lo que le sucedía.

Antes de caer en la hipnosis, de perder el dominio de su propia voluntad, había descubierto que tenía el mismo rostro que una mujer llamada Diana, abuela del médico y fallecida hacía muchos años, una mujer sin duda bellísima, pero era demasiado preocupante que los rostros fueran los mismos después de haberla intervenido su nieto como cirujano plástico.

Ike Madison, seguro de que ella le seguía, avanzó por el angosto túnel abriéndose paso con la linterna y apartando las telarañas con los antebrazos.

Si Alice Turner hubiera estado en disposición de valorar, se habría percatado de la longitud de aquel túnel que, obviamente, tenía que salir e ir mucho más lejos de los límites de la propiedad.

Llegaron al fin a otra puerta que fue abierta con la misma llave. Aquella puerta era más pesada, pero sus goznes eran tan gruesos que podían sostenerla sin problemas.

Por su parte opuesta al túnel, estaba revestida de ladrillos, lo que la hacía pasar inadvertida para quien no conociera su

existencia.

La luz de la linterna iluminó el bosque de troncos que sujetaban un techo. Allí no había más que humedad y ratas.

Eran los cimientos del viejo teatro del que sólo se conservaba el escenario transformado en plató de grabación y las paredes exteriores.

Sobre la platea y tras haber excavado en ella, habían crecido las plantas sobre las que bullía la vida de la agencia de publicidad que debido al lugar donde se ubicaba, recibía el nombre de "Theatre".

El doctor Madison buscó la escalera y subieron por ella. Alice le seguía sin decir nada, como una esclava sumisa dispuesta al sacrificio.

Pasaron por la trampilla y después, por lo que quedaba del viejo teatro. Subieron la otra escalera que les llevó al gran plató. No había nadie, sólo luces piloto.

—Ven, ven por aquí —ordenó el cirujano.

De pronto, los focos comenzaron a encenderse y a orientarse hasta iluminar por completo a Alice que no cerró los ojos.

—Diana, ¿estás ahí? —preguntó el doctor Madison—. He hecho todo lo que tú me has pedido en mis sueños. Ella está aquí y tiene tu cara —dijo hablando al aire como si no supiera dónde podía estar el espíritu al que interpelaba—. Tú hiciste que su rostro se destrozara y la llevaran a mis manos. Yo la convertí en lo que tú querías.

El espectro sin rostro, cubierto con la capa negra con forro y las manos enguantadas, apareció por detrás de ellos. No dijo nada, pero ambos se volvieron notando su presencia. Era como una oleada gélida que les golpeó la espalda.

—Abuela, aquí está Alice, ya preparada — dijo el cirujano.

El espectro asintió con la cabeza. Sin tocar el suelo, como carente de peso, se deslizó hacia la puerta por la que ambos llegaran al plató, aquel plató brillantemente iluminado por todos los focos encendidos.

Alice, hipnotizada y drogada, vio al espectro sin rostro y pese a su situación, tuvo una fuerte reacción de rechazo, de resistencia hacia el siniestro personaje.

El hipnotismo jamás era completo cuando dentro de la mente podía generarse una resistencia hacia algo rechazable.

—¡Alice, camina! —ordenó Ike Madison.

Alice semejaba clavada a las tablas del viejo escenario convertido en plató de grabaciones.

—¡Vamos! —le ordenó más tajante al advertir que el espectro ya había desaparecido por la puerta y debían seguirle.

El doctor Madison tuvo que coger por el brazo a la joven y halar de ella para conducirla de nuevo a los sótanos.

Alice no decía nada. Sus pies parecían haberse lastrado con mucho plomo. No era dueña de sí misma, dependía del poder mental del doctor Madison, pero sí se resistía. Pese a la hipnosis, una crisis psíquica se estaba desencadenando dentro de su cerebro.

Prácticamente deshicieron el camino seguido desde los cimientos del antiguo teatro, cimientos que se conservaban intactos bajo el escenario, apartados de la cimentación del resto del edificio donde había entrado la era del hormigón armado. Bajo el escenario, la sustentación continuaba siendo de troncos de ciprés.

El siniestro espectro se deslizó hasta detenerse en un lugar más espacioso entre aquellos pilares que resistían el paso del tiempo. El haz de luz que proyectaba la linterna que llevaba consigo el doctor Madison le seguía mientras agarraba a Alice por el brazo, obligándola a seguirle.

—Quieta aquí —le ordenó.

El siniestro personaje se volvió, encarando hacia ellos su rostro sin facciones.

Se produjo un tenso silencio, un silencio que tenía como fondo extraños goteos que se deslizaban por los rincones del secular sótano del desaparecido y olvidado teatro.

—Ella se llama Diana y fue muy hermosa. En el óleo que has visto en la chimenea, quedó reflejada fielmente. Fue una gran actriz, una actriz que enamoraba a sus espectadores. Mi padre, su hijo, me contó que ella realizaba prácticas mágicas y que algunos la llamaron bruja. Al mismo tiempo que enamoraba apasionadamente, creaba en su entorno algunos odios. Un día, desapareció para siempre, pues no fue encontrada. Mi padre me explicó que había sido asesinada por un amante celoso que no supo comprenderla. Aquel hombre fue el padre de mi padre aunque, oficial mente, el padre fue otro. Aquel hombre fue a buscar a mí padre ya en su vejez, arruinado y alcoholizado, y le contó la verdad. El la había

asesinado y enterrado su cadáver en los cimientos de este teatro. Le confesó también que él había sido quien le había dado la vida. Mi padre no le ayudó, pero tampoco lo denunció. El viejo amante se ahorcó en el miserable cuartucho donde se hospedaba.

Hablaba el doctor Madison, pero era como si fuera el espectro quien hablase a través de su boca.

—La bella Diana tenía que regresar a la vida con toda su hermosura, con su inteligencia, con todo su atractivo, con su dominio del mundo y para eso había que escoger un cuerpo femenino adecuado, un cuerpo que alguien tenía que modelar para que fuera idéntico al de ella. Gracias a mí habilidad como cirujano plástico, conseguí lo que Diana exigía y ahora, ha llegado el momento de que su espíritu ocupe tu cuerpo, Alice. El triunfo de ella será grandioso. La reclamarán desde todas las partes del mundo y a través de la televisión proyectará su imagen, su magnetismo sobre todos los hombres. Ha tenido que matar porque Loom quería satisfacer sus bajos instintos sexuales en ti y ella quiere entrar en un cuerpo limpio, un cuerpo que será suyo. Fibber también pagó con su vida porque se había vuelto peligroso, su instinto le estaba conduciendo a averiguar demasiadas cosas.

El espectro había estado escuchando lo que el doctor Madison explicaba a Alice, como queriendo que ésta se enterase de aquella historia de la que iba a formar parte importante. Había sido catapultada ya al éxito, pero a partir de aquel momento, sería mucho más importante y famosa.

El espectro se quitó despacio los guantes blancos y aparecieron sus manos de esqueleto. Los dedos sin carne cogieron la faz blanca por debajo de la barbilla, se engarfiaron en ella y tiró hacia arriba quitándosela, como arrancándose una piel ya inservible. Como lo haría —un actor de teatro, se arrancó la careta de látex peluca incluida, todo lo que cubría su cabeza, y apareció la horrible calavera con cabellos de mujer. Las cuencas vacías de los ojos se clavaron en Alice. Quería su rostro, su belleza, su espléndida juventud, su vida.

Alice comenzó a temblar. Parecía incapaz de reaccionar, pero su mente había captado cuanto el doctor Madison había dicho.

El espectro convertido en espantosa calavera, como actriz que al final de la obra se despoja de la careta para separarse del personaje

que ha estado representando, se tendió sobre el suelo húmedo.

Inmediatamente aparecieron en torno a ella, formando un círculo, pequeñas llamas de fuego fatuo que brotaban de la tierra mientras esta misma tierra se iba tragando la espantosa calavera, como si se hubiera tendido sobre una ciénaga que la engullera, así hasta desaparecer dentro del círculo de llamas de fuego fatuo.

—Ahora, Alice, entrarás en ese círculo y yo leeré las invocaciones que me legó mi padre para que un día yo salvara a la bellísima Diana. El espíritu de ella pasará a tu cuerpo y el tuyo se fundirá en la tierra, irá hacia esos huesos aquí enterrados y de este lugar saltarás a la eternidad mientras Diana vivirá en ti, porque ella no puede morir.

Ike Madison trató de empujar a Alice al interior del círculo de fuego, más la joven se resistió. Ni el poder hipnótico ni la droga inyectada era suficiente para conseguir de ella que se lanzara a la muerte, a la desaparición, a la oscura eternidad de los espíritus sin destino.

—¡Vamos adentro, ella espera! —gritó el doctor Madison.

—¡Nooo, nooo!

Por entre el bosque de Cipreses sonaron unas voces y brillaron unos haces de luz.

—¡Por allí, allí está! —gritó Joel Hutton.

—¡Adentro! —exigió el doctor Madison empujándola violentamente al interior del círculo.

Al hallarse rodeada por aquellas llamitas de fuego fatuo, Alice Turner sintió como unas vibraciones que la aturdían al tiempo que algo poderoso succionaba su cuerpo. Una fuerza brutal, diabólica, quería tragársela.

Manoteó en el aire como si quisiera escapar nadando. Era absurdo, pero se sentía como inmersa en algo espeso que le impedía escapar. Se sentía atrapada dentro de aquel círculo que la devoraba como las fauces de un gran reptil constrictor.

—¡Fuera, fuera! —gritó el doctor Madison.

—¡Quieto ahí! —le conminó uno de los guardias jurados que acompañaban a Joel Hutton.

El cirujano sacó una pequeña pistola que llevaba consigo y comenzó a disparar contra los tres hombres que trataban de llegar hasta él. Tenía que matarlos para que el ritual continuara, para que

el espíritu que había vagado durante tantos años por aquellos sótanos pudiera al fin liberarse ocupando un nuevo cuerpo con el mismo rostro que había tenido en su vida *anterior*.

Los guardias jurados respondieron a los disparos y el doctor Madison resultó alcanzado. Dobló las rodillas, cayendo al suelo herido de muerte.

Joel Hutton, que parecía saber lo que estaba ocurriendo, saltó al interior del círculo de llamitas de fuego fatuo y cogió a Alice entre sus brazos.

Sin detenerse, con el propio impulso, salió del círculo. Fue como un vendaval que arrancó a Alice del círculo mágico.

Se escuchó un rugido no humano, un rugido atronador de bestia frustrada y acorralada. Los troncos de sustentación comenzaron a temblar y el techo a agrietarse.

Cayeron maderos mientras los troncos de sostén se quebraban y la tierra vibraba.

—¡Es un terremoto! —gritó uno de los guardias jurados—. ¡Nos va a sepultar aquí!

Alice, que había recobrado el dominio de su mente al salir del círculo de llamas, recordó:

—¡Hay una puerta!

Corrieron guiándose gracias a los haces de luz de las linternas y dejando atrás el cuerpo sin vida del cirujano Madison que no había podido materializar su sueño de devolver la vida a su abuela asesinada.

Alice consiguió encontrar la puerta por la que ella misma había entrado cuando fuera acosada por el siniestro espectro que al fin había resultado el espíritu de una actriz asesinada hacía muchos años por su amante en el viejo teatro.

El antiguo escenario convertido en gran plató de filmación, se hundió estrepitosamente, destrozándose y sepultando lo que quedaba del antiguo teatro.

Escaparon a la muerte que les lamía los talones haciendo caer sobre ellos troncos y paneles de madera.

Pasaron por entre las columnas, ya de cemento armado, y llegaron frente al ascensor.

Las puertas de éste se abrieron para recibirlos en su seno.

—¡No, yo no entro ahí! —gritó Alice.

Los tres hombres se miraron entre sí y unánimemente optaron por subir a la superficie utilizando la escalera mientras les perseguía una densa columna de humo.

En la puerta del ascensor comenzaron a brotar chispazos lo mismo que en el interior de la cabina, como si hubiera quedado cargada de electricidad. Los chisporroteos se multiplicaron hasta que se incendió y su dorado y aséptico interior comenzó a ennegrecerse.

FIN



SUCESOR DE LOS GRANDES MAESTROS DEL TERROR EDGAR ALLAN POE Y LOVECRAFT, ESCRITORES QUE JAMÁS CAERÁN EN EL OLVIDO AUNQUE SUS CUERPOS YA ESTÉN MÁS ALLÁ DE LA MUERTE. RALPH BARBY MANTIENE VIVO ESTE GÉNERO CLÁSICO E INMORTAL, PORQUE EL SER HUMANO SIEMPRE TENDRÁ MIEDO A LO QUE IGNORA, A ESOS SERES QUE QUEDAN AL MARGEN DE LAS DIMENSIONES CONOCIDAS.

AUTOR DE TÍTULOS ESTREMECEDORES, RALPH BARBY SEGUIRÁ PROPORCIONANDO A SUS LECTORES NUEVAS HISTORIAS A TRAVÉS DE ESTA COLECCIÓN ESCALOFRIOS DE TERROR, UNA EXCLUSIVA DE EDICIONES OLIMPIC S.L., PORQUE ESTREMECERNOS DE MIEDO ES UN PLACER QUE NOS HACE SENTIR MÁS VIVOS.